

TRES OJOS DE BRUJA

PABLO BUENO



Lectulandia

Una serie de asesinatos se han producido en el Imperio. Pese a que los hechos parecen inconexos, su número creciente y la insinuación de un poder que no debiera existir, hacen que la Orden ponga al inquisidor Adler al frente de la investigación. Pero sus pesquisas se convierten pronto en una carrera vertiginosa contra fuerzas que nadie parece comprender del todo y que podrían acabar con los fundamentos que sustentan al Imperio.

Lectulandia

Pablo Bueno

Tres ojos de bruja

La piedad del Primero: 0

ePub r1.0

MaskDeMasque 20.01.2019

Título original: *Tres ojos de bruja*

Pablo Bueno, 2017

Editor digital: MaskDeMasque

ePub base r2.0

más libros en lectulandia.com

NOTA DEL AUTOR

Querido lector, la historia que tienes en tus manos sucede unos cuantos años antes de los hechos que se narran en *La Piedad del Primero*. No obstante, *Tres ojos de bruja* puede leerse de manera independiente de la trilogía.

Si ya conoces alguna parte de la misma, puede que te encuentres con personajes conocidos, algunos en un contexto bien distinto. Las referencias, e incluso las sorpresas, serán notables. Pero, en ambos casos, puedes estar tranquilo: es una historia con principio y final, concisa, y que no es necesaria para entender *La Piedad del Primero* ni desvela nada de sus muchos secretos.

Aunque, ¿quién sabe? Puede que aquí se encuentren pistas definitivas para entender lo que pasará más tarde.

I

—Nadie sabe quiénes son; nadie sabe siquiera cómo ha sucedido, pero la situación empeora por momentos —le dijo Jhaunan en cuanto entró al despacho—. Se están cebando con nuestras tropas de Seléin. ¡Demonios de Gillean, si ya hay voces que incluso piden que se movilice a la legión!

Adler permaneció en pie, pues la estancia era tan austera que ni siquiera había sillas para los invitados; probablemente porque nadie que entrara allí lo era en realidad. Lo que sí abundaban eran los libros y los pergaminos. Había cientos de pliegos de papel amontonados en las estanterías y sobre la mesa, o cosidos para formar gruesos volúmenes. Siempre había sido así. Que él recordara, nunca había visto el despacho ordenado, o con un volumen menor de documentos atestando cada rincón.

Adler no era mayor; puede que rondara los treinta años, pero su mirada era ya tan dura como la de sus hermanos más curtidos. Tenía un rostro corriente, casi vulgar, al que nadie miraría dos veces. Tampoco se apreciaban en sus rasgos los indicios de juventud o madurez que se reconocerían inmediatamente en otra persona. Podría ser lo mismo un joven noble y alocado que un maduro negociante a punto de llegar a los cuarenta. Y eso era algo que él sabía y utilizaba habitualmente.

—¿Cómo comenzó todo? —preguntó con voz neutra.

—Con una carroza —respondió Jhaunan poniéndose en pie.

El anciano era alto, más de lo que podía resultar discreto en una persona de su edad. También era alarmantemente delgado y tenía los hombros hundidos, por lo que su estatura discordaba aún más. De hecho, el Gran Maestro de la Orden era poco más de huesos y pellejo. La piel del cuello le colgaba como si fuera un buitre y los ojos eran saltones como en un sapo. No obstante, todo el que debía saberlo era consciente de que, tras una apariencia tan ajada y contradictoria, se ocultaba una fuerza arrolladora difícil de explicar.

—Unos desconocidos asaltaron una carroza de recaudación pese a la notable escolta que la protegía. Dejaron en la calzada más de quince muertos, pero nuestros hombres no han podido encontrar ni un solo indicio de los asaltantes.

—Los asaltos suelen ser asunto de las baronías. De algún árbitro local, como mucho —dijo Adler con voz suave—. ¿Por qué se pide a la Orden que tome cartas en el asunto?

—Porque, ¡malditos sean los clavos del Roble! —rugió Jhaunan aporreando la mesa súbitamente—. ¡El mismísimo hijo menor del gobernador de Pasevalle fue asesinado dos días después, mientras participaba en una cacería! Tampoco en ese caso hubo pistas ni indicios. Lo perdieron de vista un momento y apareció en el suelo al instante siguiente, con un virote atravesándole la garganta.

Jhaunan se levantó y dio tres largos pasos hasta la ventana. Más allá, la Catedral se alzaba, magnífica y enorme, como muestra definitiva de la fe de Thomenn.

—No había pasado ni una semana cuando dos pelotones de la guardia de Hÿnos, movilizados de maniobras en el norte de Seléin, fueron masacrados. Pero lo que ha terminado de poner nervioso a todo el mundo es lo que le sucedió al Coronel Ricard hace tan solo dos días.

—¿Es de eso de lo que hablan por todas partes? —preguntó Adler—. La gente comenta en corrillos que lo vieron entrar en la ciudad de noche, con tan solo un puñado de soldados. Dicen que algunos iban heridos y que casi todos tenían manchas de sangre.

Jhaunan se volvió hacia él y lo atravesó con la mirada. Sus ojos siempre causaban ese efecto, aunque no lo pretendiera. Eran saltones, sí, pero de un modo superlativo, como si quisieran escapar de una compañía tan poco reconfortante. Su mismo rostro contenía un matiz antinatural en forma de unos rasgos tremendamente pronunciados. El mentón sobresalía con un tamaño casi caricaturesco. El hoyuelo de la barbilla, tan atractivo en otros originarios de Rock-Talhé, resultaba ridículo y extraño en él; los pómulos estaban muy marcados, de suerte que los carrillos se hundían hacia adentro dándole una apariencia cadavérica. El inquisidor Edmond, uno de los hermanos más queridos de Adler, solía decir que era como si unas manos invisibles le hubieran estirado el rostro hasta darle esas formas.

—El coronel Ricard iba a inspeccionar un nuevo cuartel en la baronía de Agua Clara. Ya sabes que la zona es conflictiva y nunca está de más reforzar la presencia allí —murmuró el Gran Maestro—. Esa noche, mientras se hospedaba en un pueblecillo llamado Endrinal, unos desconocidos atacaron la posada. Ricard, empero, es un zorro astuto y ha visto mucho desde que su señor de Sint Chatau le obsequiara con una beca para estudiar en la academia militar de La Flere. En esos momentos tenía a cinco de sus veinte hombres de guardia y dieron la alarma a tiempo.

—Bien hecho —contestó Adler, asintiendo—. Eso confirma las expectativas que muchos tienen puestas en él. Parece que es tan prometedor como se comenta.

—¿Prometedor? —contestó el otro escupiendo la pregunta—. ¡Es un cerdo arrogante que parece olvidar el fango del que salió! Sin embargo, es innegable que su genio es agudo y su lengua audaz. Sabe verter elogios y reverencias como pocos. Tiene todo lo necesario para convertirse en general; en uno de los que se sientan cerca del Emperador en el desfile del día de su cumpleaños. —Jhaunan chasqueó la lengua y volvió a su asiento de mala gana—. Pero eso no es lo importante. Lo que me está quitando el sueño es lo que sucedió aquella noche.

—¿Que se hayan atrevido a atacar a un coronel con una escolta semejante?

—No —contestó el Gran Maestro mirándolo bajo sus pobladas cejas—. Que huyeran cuando la lucha estaba ganada.

—¿Cómo? ¿Lograron vencer a los soldados de Ricard y luego le dejaron huir?

—La lucha fue cruenta. Se libró a la luz de unas pocas velas mientras los clientes de la posada intentaban huir aterrorizados. —Jhaunan apretó los labios y tuvo que contenerse para no golpear la mesa de nuevo—. Los informes hablan de cuatro viajeros muertos y no menos de otros diez heridos. Los asaltantes se abrieron paso directamente hasta la habitación de Ricard sin que les importara quién se ponía en medio. Él mismo tuvo que desenvainar y hacerles frente. Sin embargo, lo realmente extraordinario es que, cuando la situación parecía ya insalvable, los enemigos alzaron la cabeza de repente y huyeron tan rápido como les fue posible.

—¿Por qué? —preguntó Adler estupefacto—. ¿Por qué retirarse si tenían ante sí a Ricard y estaban a punto de superar a su escolta?

En ese momento Jhaunan no pudo refrenarse más y descargó su puño contra el escritorio. La mesa crujió mientras Adler se preguntaba cómo era posible que aquel mueble no hubiera sucumbido ya al temperamento de su dueño.

—¡No habían pasado ni cinco minutos cuando el árbitro Abelard entró en Endrinal al mando de una cohorte de veinte hombres!

—¿Cómo tuvo conocimiento del ataque?

—¡No tenía conocimiento de nada! —rugió el Gran Maestro—. Volvía de cumplir una misión algo más al sur y había decidido prolongar la marcha aquel día. ¡Llegó en ese momento por casualidad!

El inquisidor frunció el entrecejo, comprendiendo inmediatamente que aquello era mucho más preocupante de lo que le había parecido en un principio.

—¿Qué sabemos de ellos? Parece que la Voluntad está involucrada en todo esto.

—No solo la Voluntad, Adler. Nadie es capaz de explicarse cómo adivinaron que Abelard iba a pasar por allí. Ni él mismo tenía claro la ruta que seguiría aquel día. Tampoco hubo manera humana de que, aun en caso de contar con vigías, les avisaran en medio de la refriega. —Jhaunan se pasó una mano por la frente y masculló algo ininteligible—. Si se confirma todo esto, solo puede significar una cosa.

—Brujas —dijo Adler.

—Brujas —repitió el Gran Maestro con gesto cansado—. De las peores.

De repente, parecía que todos los años que contaba el Gran Maestro hubieran decidido colgarse de sus hombros para recordarle su peso. El anciano se hundió un poco más en el asiento y suspiró sin que la preocupación se aliviara un ápice.

—Escúchame, Adler: confío en ti. No has traído más que victorias y honor a esta casa. El Emperador se enorgullece cada vez que te llama a su presencia. Tu coraza de gala ya está llena con los labrados de tus hazañas, pero esto es distinto. Los barones de Seléin y los altos generales están presionando para que intervenga la legión y ya sabes lo que eso supondría.

—Sí —contestó Adler—, sería como soltar unos perros rabiosos dentro de un gallinero.

—Esto no es trabajo para un ejército. Necesitamos que este asunto se solucione con rapidez y discreción. Si ahí fuera hay alguien con un poder como el que los

hechos sugieren, el mismísimo fundamento de este bendito Imperio puede estar en peligro.

—Me pondré en marcha inmediatamente —contestó Adler, inclinándose ante él.

El anciano se le acercó y le puso una mano en el hombro, en un insólito gesto de camaradería.

—Una cosa más antes de que te vayas: este asunto me da muy mala espina. No ataques sin ayuda. No sería de extrañar que necesitaras el concurso de alguno de tus hermanos. Cuenta con todo el poder de la Orden para esto.

Adler asintió de nuevo y se marchó con pasos decididos entre el revoloteo de su capa. No obstante, cuando salió a la calle sus ojos solo mostraban una mirada de profunda preocupación. Nunca había visto a Jhaunan tan nervioso.

II

Hýnos, la capital del Imperio, siempre había sido hermosa. Desde que el Cuarto Emperador, *el Sabio*, fijara en aquel punto equidistante de las cuatro provincias su sede, la ciudad no había hecho más que embellecerse.

Las calles estaban enlosadas con piedra clara y las juntas se habían sellado con arena fina de las costas del sur. Por toda la ciudad había fuentes y plazas rodeadas de verdor. Los templos se alzaban con líneas altas y esbeltas, plagados de ventanales. En ellos, y por toda la ciudad, las tallas de la hoja de roble estaban siempre presentes pero, por encima de todas las maravillas, destacaban la Catedral y el Palacio Imperial.

En su avance, Adler se cruzó con varias patrullas que lo saludaron con un puño en el pecho mientras marchaban marcando el paso. Las gentes, en cambio, se paraban y se volvían para mirarlo. Aunque los habitantes de la capital estaban más que acostumbrados a cruzarse con los personajes más distinguidos del Imperio, la sola visión de un inquisidor siempre resultaba sobrecogedora. Pero aquellos que servían a la Orden solían andar con rapidez, pues sus obligaciones eran muchas. Quizá por eso, sus apariciones eran fugaces y se marchaban tan pronto como habían terminado sus asuntos.

De este modo, los pasos de Adler no tardaron en conducirlo hasta el cuartel general de la legión, donde se gestaban los planes militares de mayor trascendencia para el Imperio.

Un soldado salió corriendo en cuanto lo vio llegar y, en apenas unos instantes, un sargento veterano llegó hasta él para dedicarle una respetuosa inclinación.

—Saludos, inquisidor, sois ley.

—Saludos, sargento —contestó Adler mirando más allá.

En el patio interior del edificio, los legionarios practicaban luchando unos contra otros. La mayoría llevaba el pecho descubierto en esos primeros días de otoño en que el ejercicio físico todavía hace sudar rápidamente. Las características faldas, formadas por tiras de cuero parduzco, se agitaban con cada envite y las espadas cortas, tan temibles en batalla, resonaban al entrechocar entre ellas.

—Vengo para ver al coronel Ricard —dijo Adler.

—Me temo que eso no será posible en estos momentos —contestó el sargento tragando saliva.

Adler se volvió lentamente hacia él y lo miró con intensidad, sin añadir nada a lo dicho.

—¡Me refiero, mi señor, a que el coronel está ahora mismo en la enfermería! —se explicó rápidamente el sargento—. Le están tratando sus heridas. Como sabréis, sufrió un ataque hace poco.

Adler siguió sin hablar, pero, con solo endurecer un poco la expresión, su interlocutor se apresuró a llamar a voces a uno de sus subordinados.

—¡Avisa al coronel! ¡Dile al médico que la revisión continuará en cuanto el inquisidor dé por concluida la visita! —Después se volvió, apesadumbrado, hacia él—. Seguidme, señor.

El Código era claro: «La palabra de un inquisidor es ley», pero eso nunca significó que un coronel herido esté conforme con que interrumpan sus curas para llevar hasta él a un inquisidor. Otra cuestión es lo que pudiera suceder de contrariar a la Orden.

Ricard se estaba poniendo una camisola cuando Adler entró en la habitación. Bajo la tela, se podían apreciar varios apósitos con manchas rojizas que hablaban de la crudeza del reciente ataque.

—Inquisidor —dijo el coronel sin apenas girarse.

Cuando terminó de abotonarse la prenda se levantó y le dedicó un levísimo saludo con la cabeza. En su rostro, sin embargo, no se veía más que desdén e irritación.

—Coronel —contestó Adler, respondiendo educadamente al saludo—. Quisiera hablar de los sucesos de la otra noche —dijo sin más preámbulos.

—Ya les he dicho todo lo que puede resultar importante para su investigación. Ese inepto de Abelard me estuvo interrogando durante horas antes de...

—Yo decidiré lo que es importante —dijo Adler.

La forma en que pronunció esas palabras, lentamente y con una entonación neutra, pareció sorprender a su interlocutor. No había en ellas el menor asomo de amenaza y, sin embargo, aquel hombre poco acostumbrado a que le hablaran desde una posición superior, supo que debía tener cuidado.

—Bien, bien —dijo con mucha más humildad, ofreciéndole una silla y sentándose él mismo sobre la cama de nuevo—. Como ya dije, llegamos a Endrinal cerca del anochecer y decidimos permanecer allí para pasar la noche. Las poblaciones cercanas están a varias horas o son demasiado pequeñas como para tener alojamiento para tantos hombres. Por ese motivo...

—¿Dónde estuvieron antes? —le interrumpió Adler de nuevo.

—¿Cómo? —preguntó Ricard sin poder ocultar su irritación—. ¿A qué os referís?

—Me refiero a qué lugares visitaron ese mismo día.

—¡Visitar! ¿Qué estupidez es esa? —exclamó el coronel poniéndose rojo—. Cumplía un encargo. ¡No hay tiempo para perderlo con *visitas* cuando se sirve a nuestro Señor!

Adler permaneció tranquilo mientras Ricard despotricaba. Sin embargo, cuando se dirigió a él, su mirada era tan fría que casi parecía capaz de generar dolor en aquellos sobre los que se posara. Algo sutil y a la vez poderoso se dejó sentir entre los dos hombres.

—Coronel Ricard —dijo sin alzar la voz—. Es la segunda vez que percibo en vos una cierta falta de respeto hacia lo que represento. Os aseguro que no habrá una tercera.

Casi como por descuido, el inquisidor se llevó la mano al Símbolo de plata que llevaba al cuello. La hoja de roble emitió unos tímidos destellos cuando la centró sobre su pecho.

—Conozco el itinerario que seguisteis hasta llegar a Endrinal —dijo pausadamente—. Sé que se os encargó la misión de inspeccionar el nuevo cuartel de Agua Clara; sé que el primer día de marcha parasteis solo unas pocas horas después de abandonar los términos de Hÿnos; también sé que después pasasteis por Niebla, Tausá, Santaela y que, justo el día antes del ataque, decidisteis hacer noche en Ballina. Pero no dejo de pensar que, entre este último pueblo y Endrinal, tan solo hay unas dos horas de viaje. Es algo curioso, ¿no os parece?

Ricard lo miraba con los ojos muy abiertos y sus labios no eran más que una fina línea, de tan apretados como estaban. Pero, cuando el inquisidor terminó de hablar, pareció desinflarse como un pellejo al que se le hubiera agotado el vino.

—Paramos en Cordes —dijo clavando la mirada en el suelo mientras un enrojecimiento que no era fruto del enfado comenzaba a invadirle—. Entre Ballina y Endrinal hicimos una larga parada en Cordes. Ya os imaginaréis por qué.

—Señor —dijo Adler sin mudar su eterna expresión de tranquilidad—, sois un coronel de los ejércitos imperiales. En estos momentos no me interesa lo más mínimo la poca prisa que parecíais daros en vuestro viaje, ni las necesidades que tengáis que aliviar en los burdeles de Seléin. Pero no volváis a intentar engañarme de nuevo. Mi paciencia tiene un límite.

El coronel lo miraba con una mezcla de vergüenza y temor y no se atrevió a añadir nada a sus palabras.

—Decidme, ¿visteis algo extraño durante vuestro viaje hacia Agua Clara? ¿Gente sospechosa? ¿Conversaciones que os llamaran la atención, quizá?

Ricard negó con la cabeza.

—No, mi señor —contestó con toda la humildad que es capaz de contener la voz de un hombre—. La gente siempre es extraña y sospechosa en Seléin. Por allí por donde pasa una comitiva como la nuestra, los pueblerinos se quedan mirando y lo comentan durante semanas. Por el Camino Viejo uno puede avanzar con más tranquilidad, pero cuando lo abandonamos, internándonos algo más al sur para... —Ricard carraspeó, intentando disimular la vergüenza—. En fin, la mitad de los que se cruzan en vuestro camino podrían ser aliados de las brujas y probablemente muchos lo sean. Pero no, no vimos nada digno de mención.

—¿Por qué decidisteis entonces organizar turnos de guardia en la posada de Endrinal?

—Soy precavido —contestó el coronel alzando un poco la cabeza—. Un hombre de mi altura y mi constante actividad no permanece vivo sin tener cuidado.

El inquisidor asintió, coincidiendo al menos con esa apreciación.

—Describidme el ataque.

—Ocurrió dos o tres horas después de que me fuera a dormir. Mis hombres ya habían cumplido el primer turno de guardia cuando, de repente, unos ruidos me despertaron. Casi a la vez oí las voces de los soldados y mi sargento de enlace entró en la habitación, gritando para despertarme. El muy idiota... —susurró Ricard chasqueando la lengua—. Casi lo ensarto.

—¿Cómo es que consiguieron llegar hasta vos si los soldados dieron la alarma?

—Mi señor inquisidor —contestó Ricard mirando a Adler directamente a los ojos—, no sabemos cuántos fueron los asaltantes, pero nos superaban en número. Eran diestros con las armas y mostraban una valentía, por no decir fanatismo, que no abunda.

—Coincidirá conmigo en que no es fácil encontrar grupos de bandidos tan numerosos y temerarios como para atacar a una partida de soldados armados y alerta.

—Ni tampoco que semejantes alimañas logren pasar desapercibidas durante mucho tiempo, pero nadie ha conseguido atraparlos todavía —replicó Ricard—. En todo caso, cómo sabían que iba a llegar allí es algo que no puedo siquiera comprender, porque el ataque parecía perfectamente orquestado. Sin embargo, los susurros...

—¿Qué susurros? —preguntó Adler inmediatamente.

—Bueno, no me hagáis mucho caso —contestó el coronel, incómodo—, pero me pareció notar cosas raras, como voces que hablaban apenas más fuerte que el sonido de la brisa; retazos de conversación, aunque no había nadie cerca de mí.

Adler no contestó, pero una preocupación que era imposible de disimular comenzó a embargarlo.

—Los atacantes llegaron directamente por la sala común —continuó Ricard, sacudiendo la cabeza como queriendo alejar de sí pensamientos tan extraños—. El acceso a la segunda planta, donde se despliegan las habitaciones de la posada, tenía dos escaleras y mis hombres estaban apostados en ambas.

—Supongo que dieron la alarma en cuanto vieron movimiento.

Ricard asintió con gravedad.

—En el momento en que se supieron descubiertos, cargaron hacia arriba, directamente hacia donde yo estaba. Los soldados que habían quedado más allá de las dos escaleras solo pudieron vender caras sus vidas.

—Y acabaron superando a vuestra escolta —dijo Adler señalando las heridas del coronel.

—Esos monstruos atacaban como lo hacen los fanáticos de Uruth. Se lanzaban hacia mis hombres con un salvajismo que va más allá de la disciplina en combate. Muchos cayeron heridos o muertos y me consta que las bajas fueron más numerosas en su bando, pero fueron ganando terreno. Pronto, la situación se volvió un torbellino y yo mismo me vi luchando por mi vida.

Ricard se pasó una mano por la frente, secándose un sudor repentino. Adler se dio cuenta de que temblaba sensiblemente.

—Y, sin embargo, cesó de repente.

—Así es —dijo Ricard exhalando el aire con alivio, como si acabara de sobrevivir a aquellos momentos—. Súbitamente nuestros enemigos alzaron la cabeza y se dieron la vuelta. Mi sargento de enlace incluso aprovechó para hundir su arma en la espalda de uno de ellos.

—¿No hubo ninguna señal ni orden de retirada?

—Aparentemente no —contestó el coronel.

Adler asintió y permaneció unos instantes con la mirada perdida en algún punto muy lejano.

—Bien, coronel —dijo finalmente—. Creo que tengo todo lo que necesito. Os deseo una pronta recuperación.

El inquisidor se marchó justo cuando Ricard intentaba encontrar las palabras adecuadas para disculparse de nuevo.

La gigantesca arcada de la Catedral le dio la bienvenida. Aquella parte del monumento siempre conseguía enardecer el corazón de Adler: las escenas de la vida de Thomenn, hijo del Creador y muerto por la espada piadosa del Primero, mostraban todavía la misma perfección que cuando fueron labradas, siglos atrás.

Más arriba, la Catedral tenía un campanario por cada uno de los extremos que formaba la planta en forma de hoja de roble y otro más por cada punto en que las perpendiculares cruzaban el pasillo central. En los laterales, algunos contrafuertes se habían techado para formar soportales donde los vendedores ofrecían imágenes de Thomenn, el Primer Emperador o figurillas con el Símbolo en diversas facturas.

En la parte de atrás, sin embargo, se encontraban las dependencias que la Orden tenía en Hÿnos y hasta allí se dirigió Adler, directamente hacia una de las pequeñas capillas de la parte más antigua.

Abelard estaba de rodillas ante una sencilla imagen en madera que mostraba La Hoja de Roble. Un poco más allá, un par de velas aportaban una titilante luz a la estancia.

—Saludos, amigo —dijo Adler.

—*Amigo* —contestó Abelard sin darse la vuelta todavía—. Así es como saludan los inquisidores a los aspirantes que no pudieron resistir en el Monasterio tanto como ellos.

—Siempre pensé que deberías haberte quedado esos dos últimos años. Tú más que nadie deberías haber sido inquisidor.

Su antiguo compañero permaneció unos instantes inmóvil y, finalmente, se levantó.

Abelard era el arquetipo de ciudadano de Louisant: sus cabellos eran casi totalmente rubios y tenía los ojos de un azul claro y limpio. Sus facciones, formadas sobre un rostro suave y lampiño, no mostraban más que equilibrio y belleza. Tenía un cuerpo atlético y proporcionado que estaba lejos de la rotundidad propia de los tahlianos, pero aún más de la forma más bien achaparrada de los quileños. No obstante, su mirada no tenía nada que ver con la complaciente nobleza de la segunda provincia. Sus ropajes, oscuros y sencillos, dejaban también lejos la opulencia que imperaba entre las clases más acomodadas de Louisant.

—Podría haberme quedado dos años más, pero habría tenido que seguir soportando la hospitalidad de Melquior y las atenciones de los sacerdotes oscuros. No amigo, no estaba dispuesto a pasar por ello. —Tras estas palabras, Abelard se volvió hacia él, echó una rodilla a tierra y bajo la cabeza—. Inquisidor, sois ley.

—¡Por favor! —gruñó Adler tirando de él hacia arriba—. Vengo de ver a un imbécil relamido que se escondió tras sus hombres mientras estos caían y he tenido que meterle el miedo en el cuerpo para que me mostrara un poco de respeto. ¡No voy a permitir que uno de mis más queridos amigos se arrodille ante mí!

—Veo que ya has conocido a nuestro buen Ricard —contestó el árbitro con una media sonrisa.

—El coronel me estuvo contando *educadamente* todo lo que sucedió la otra noche.

—Coronel... —murmuró Abelard—. No creo que pase mucho tiempo antes de que nos refiramos a él como general.

—¿Tan capaz lo ves tú también?

—Capaz de seducir con su voz melosa hasta al mismísimo Emperador. Hay quien afirma que le ha causado una excelente impresión y que incluso se está valorando la posibilidad de nombrarlo alto general de la provincia de Quiles.

—¿Van a destituir al viejo Samuel?

—No, pero todos saben que los tiempos gloriosos de *El León de Abadía* quedan ya lejos. Samuel tiene casi sesenta años y no ha dejado de beber, comer y pecar de todas las formas imaginables un solo día de su vida.

Adler sonrió ante la turbación que solía causarle a su amigo todo lo que se alejaba de los preceptos más conservadores de la fe de Thomenn.

—Un hombre de su altura debe tener la prerrogativa de disfrutar de vez en cuando.

—Disfrutar sí, pero amancebarse una y otra vez del modo en que él lo hace es una aberración —respondió Abelard sin poder evitar que el rubor tiñera sus mejillas—. Sea como sea, lo cierto es que el general es un tonel lleno de grasa y alcohol. La naturaleza ha querido que goce de salud hasta ahora, pero tal suerte no puede durar para siempre.

—Eso si no se hace matar él mismo —murmuró Adler—. No es de los que contempla la batalla de lejos.

—Cierto. Y ahí estará Ricard, preparado para abalanzarse sobre un premio tan jugoso.

Los dos hombres, que habían comenzado a caminar casi sin darse cuenta, llegaron en ese momento a un patio interior donde los cipreses y unos austeros macizos aportaban algo de verdor al entorno.

—Abelard, ¿realmente fue como me dijeron? ¿Llegaste allí por pura casualidad o algo te empujó a alargar un poco más la marcha aquel día?

Su compañero sonrió, pero su frente mostraba arrugas de preocupación.

—He notado, desde antes de que te acercase a la capilla, que tu Voluntad estaba tan agitada como el Gran Mar en un día de tormenta. Tú, el inquisidor capaz de hacer que el hielo sienta frío.

—Es para estar preocupado —contestó Adler.

—Cierto.

Abelard miró al suelo unos instantes y se masajeó las sienes.

—No hubo nada extraño en mi llegada a Endrinal —dijo al fin—. Cumplí la misión que me encomendó Jhaunan y quería volver cuanto antes. La mayoría de mis hombres están casados; dos de ellos tienen hijos. A ninguno le pareció mal montar hasta tarde, incluso de noche, a cambio de tener más tiempo de descanso junto a sus familias.

—Siempre cuidaste mucho de tu cohorte —dijo Adler con una sonrisa franca.

—Ellos son parte de mi trabajo y mi salvaguarda. Un árbitro no vale tanto sin unos hombres bien adiestrados que lo respalden. ¡Demonios, si incluso me han salvado la vida más de una vez! ¿Sabes qué me pidió hace un mes mi segundo cuando le dije que quería darle un premio por la bravura y dedicación que me había demostrado siempre?

—¿Una residencia en la ciudad alta de Hynos? —contestó Adler encogiéndose de hombros.

—Amigo —dijo Abelard mirándolo con intensidad—. Tengo una mansión de tres plantas, varios sirvientes y más oro del que puedo gastar.

—Muchos te podrían sugerir algunas ideas —murmuró Adler con una sonrisa—, pero tampoco es un secreto que casi siempre duermes en una celda de la Catedral y que no gastas un solo emperador en tu propio esparcimiento.

—Pues, aun teniendo eso en cuenta, lo único que ese hombre me pidió es que aceptara ser el padrino de su hija; que tomara el agua junto a ella en la ceremonia de bendición y que la cuidase si a él le pasaba algo.

Adler lo miró con sorpresa.

—Debe ser agradable sentirse así de querido por tus hombres.

—Lo es —contestó Abelard.

Ambos permanecieron unos instantes en silencio hasta que al fin Adler volvió a preguntarle por el asunto que le habían encargado.

—Entonces ¿no notaste nada extraño cuando llegaste a Endrinal?

—No vi nada fuera de lo común —respondió Abelard negando con la cabeza—. Los cuatro únicos hombres de Ricard que no habían sido gravemente heridos estaban sacando los cuerpos de sus compañeros a la plaza para enterrarlos. En la posada solo se oían gritos de dolor y confusión. Trece de los hombres del coronel habían muerto para cuando yo llegué, o estaban a punto de hacerlo. Tres más deben de seguir allí todavía, bajo los cuidados de algún sanador.

—¿Qué conclusiones sacaste de los enemigos?

—Todos vestían ropas oscuras y, según me dijeron, habían estado embozados hasta la nariz durante la refriega. La fisonomía y la palidez de su piel indican que eran de Seléin. Portaban armas de buen acero, sin adornos ni distinciones. —Abelard entrecerró los ojos antes de seguir hablando—. Pero cuando registré los cuerpos pude comprobar que todos tenían el mismo tatuaje a la altura del corazón: la corona negra de cuatro puntas.

—El símbolo del Rey Brujo —dijo Adler con un siseo.

—Así es —contestó el otro apretando los dientes—. ¿Cómo es posible que ese monstruo todavía nos haga llover de vez en cuando su ponzoña, aun desde la tumba?

—Fue, quizá, el enemigo más poderoso al que tuvo que enfrentarse el Imperio —contestó Adler—. No en vano, fue capaz de herir de muerte al Segundo.

—¡Incluso contando con eso! —Abelard se había puesto rojo de ira y apretaba los puños sin darse cuenta—. Me cuesta comprender que lleve muerto siglos pero sus malvadas intrigas todavía nos afecten.

—Está muerto, en todo caso. Sus planes no son más que las previsiones de un poderoso loco que vivió mucho tiempo atrás.

El árbitro asintió, tratando de calmarse.

—No sé a qué facción pertenecen esos tatuajes, ni si tienen algún otro significado. Lo que sí puedo decirte es que la Voluntad había sido esgrimida en Endrinal poco antes de que yo llegara. La notaba en el aire como el polvo en el camino tras un caballo al galope.

—Eso sospechaba —dijo Adler chasqueando la lengua—. Tengo el presentimiento de que todo esto es más grave de lo que podría parecer.

—Vas a ir allí ¿verdad?

—Sí, pero me gustaría hacerlo con algo más de información. He pensado en ir a ver a Magdá.

—¿Magdá? ¿A esa bruja despreciable? —preguntó Abelard con una mueca de asco—. No te traerá más que problemas. Sabes mejor que yo lo taimada y maliciosa que es. No me extrañaría que ya le hubieran dado muerte.

—Sea como sea —contestó Adler con suavidad—, es ahora una sierva de la Orden y nos preparó bien para nuestro cometido. Además, no tenemos a ninguna otra a mano para preguntarle, ¿no crees?

El árbitro resopló, pero se abstuvo de replicar a su superior.

—Haz lo que debas, pero me gustaría que contaras conmigo en esto.

—Acabas de llegar de una misión. Tómate un merecido descanso y...

—No necesito descansar —respondió inmediatamente Abelard—. Sé que actué mal en aquel pueblo —dijo ignorando la mirada interrogante de Adler—. Sin duda debí haberme quedado, investigar más o peinar los alrededores, pero no lo hice. Quiera Thomenn que me concedas la oportunidad de enmendar mi error.

—No has tenido la más mínima falta. Informaste de lo sucedido y tu intervención evitó que mataran a Ricard.

—Los designios del Creador o el mero azar evitaron que mataran a ese hombre, no yo. —La mirada del árbitro era firme y en sus ojos no se veía más que determinación y un sufrimiento que bien podría ser fruto de la vergüenza—. Durante estos dos días no he dejado de pensar que mi actuación no fue la correcta, por eso te vuelvo a pedir que me dejes acompañarte.

—Abelard, no sé si esta misión es apropiada para que vengas conmigo —respondió Adler con cierta dubitación.

—Si lo que quieres decir es que no me ves capaz, no insistiré. —El rostro del árbitro se vio de pronto invadido por la amargura.

—Amigo —dijo Adler poniendo las manos sobre sus hombros—, no hay en la Orden un hombre más entregado a su tarea que tú. Incluso algunos de los que tengo que llamar hermanos carecen de la valentía y el empeño que muestras a diario. —El inquisidor había dulcificado sensiblemente la máscara de estoicismo que siempre lo acompañaba y su sonrisa era en esos momentos honda y sincera—. No malinterpretes mis palabras: sería para mí un placer y un privilegio contar con tu ayuda. Si tal es tu deseo, puedes acompañarme.

Cuando el árbitro alzó la mirada, solo había agradecimiento en su rostro.

—No te decepcionaré, Adler. ¡Juro que me verás luchar con toda mi fuerza y...!

—No hace falta que jures nada, sé que lo harás —le interrumpió Adler dándole un enérgico apretón de manos—. Parto inmediatamente hacia el Monasterio. Espero estar de vuelta en tres o cuatro días. Habla con los secretarios de Jhaunan y prepáralo todo para nuestro viaje.

—Cuenta con ello —contestó Abelard.

—Una cosa más —añadió el inquisidor, dirigiéndose ya hacia las caballerizas—. Averigua dónde podemos encontrar a Cedric. Quiero que venga con nosotros.

—¿Cedric? ¡Pero es un borracho y un libertino!

—Sí. Sí que lo es —respondió Adler, sonriendo ante la animadversión que destilaban las palabras de su amigo.

III

Los infinitos campos de Louisant acompañaron a Adler en su viaje hacia el Este. En ocasiones, la calzada conocida como *El Camino del Norte* mostraba una interminable columnata de pinos que jalonaban sus márgenes hasta perderse a lo lejos. En otros puntos, algunos árboles menos pudorosos ya habían comenzado a dejar caer sus vestimentas, de suerte que la calzada llegaba a parecer una inmensa alfombra marrón.

Pero el inquisidor no tenía tiempo para apreciar la belleza del paisaje. Solo llevaba un día en camino y ya había cambiado dos veces de montura en las postas imperiales.

El Camino del Norte, que atravesaba la segunda provincia desde tiempos del Tercer Emperador, llegaba hasta la frontera norte con Uruth y había sido construido a conciencia. La piedra con que se había adoquinado todavía mostraba un aspecto magnífico y no era frecuente que necesitara reparaciones, pese al intenso tráfico que soportaba.

En su apresurado avance, el inquisidor se cruzó con aldeanos que acudían a la capital a vender sus mercancías, peregrinos que iban a presentar sus respetos ante la sepultura del Primero, las carrozas de varios nobles, un grupo de juglares y cuatro patrullas de las muchas que vigilaban los caminos más importantes.

Pero Adler no se tomó ni un momento de descanso. En cuanto divisó la siguiente posta, lanzó un grito para que el mozo que atendía las cuadras le preparara inmediatamente otro caballo.

—Toma, muchacho —dijo lanzándole un emperador de plata a un niño que no tendría más de ocho años mientras desmontaba—. Tráeme algo que pueda comer mientras monto.

El pequeño, que tenía el pelo más negro que el carbón y la cara ensuciada casi del mismo tono, abrió mucho los ojos y salió corriendo, presto a cumplir su voluntad.

Adler aprovechó el tiempo que tardó el encargado de las cuadras en terminar de ajustar los arreos para estirarse unos segundos y frotarse su dolorida espalda.

«Los inquisidores somos duros como el martillo de un herrero», le había dicho una vez Jhaunan mientras se masajeaba la zona lumbar, «pero ¡maldito sea el fruto de Lysanna! ¡También es difícil encontrar una vida tan exigente como la nuestra!».

Y era cierto. Adler sentía que su espalda comenzaba a dolerle cada vez con más frecuencia, sin duda por las innumerables horas a caballo, pese a que todavía era joven. Tenía una lesión en el codo que no sabía siquiera de dónde provenía, pero que a veces le causaba un dolor tan agudo que le resultaba difícil disimular; había una muela que se le movía más de la cuenta desde que un tahliano borracho lograra encajarle un puñetazo en medio de una trifulca absurda. Las cicatrices adornaban cada palmo de su cuerpo y a veces pensaba que, tarde o temprano, alguien

conseguiría clavarle tanto acero que le daría más descanso del que pudiera desear. Sin embargo, había visto a inquisidores comidos por la artrosis luchar con más vigor que el más enérgico de los legionarios. El mismo Jhaunan había cumplido, no hacía mucho, misiones que serían imposibles para cualquiera de sus hermanos.

Así que, cuando el segundo caballo estuvo listo, Adler montó y miró al horizonte, presto a hincar las espuelas y salir disparado hacia adelante. Pero, en ese momento, el niño que había mandado a por provisiones salió corriendo de la posada. Llevaba un bulto envuelto en un trapo blanco que ofreció al inquisidor.

Se había lavado con esmero y, cuando alzó las dos manos hacia él, lo hizo para ofrecerle no solo la comida, sino también el cambio de la moneda de plata.

El inquisidor lo miró un instante, estrechó los ojos de un modo que hizo temblar al pequeño y luego le alborotó el pelo.

Mientras Adler se alejaba, el niño descubrió que tenía otra moneda de plata en un bolsillo.

El Monasterio siempre lograba conmovier a los inquisidores. No en vano pasaban catorce años allí encerrados antes de que les dieran la opción de salir como árbitros o quedarse dos más para convertirse en inquisidores.

Las murallas, altas y con una anchura tal que las hacían parecer achaparradas, solo resultaban visibles desde unos pocos kilómetros antes de llegar. Los caminos que conducían hasta allí eran tortuosos, poco transitados y bordeaban varios pequeños bosquecillos. Pero, cuando Adler llegó hasta las robustas puertas, los guardias que las custodiaban hacía ya tiempo que lo habían visto y le franquearon el paso.

—Bienvenido, inquisidor, sois ley —dijo un monje que se dirigió apresuradamente hacia él—. Ojalá que vuestra estancia aquí sea agradable. Ya hemos avisado a Melquior de vuestra llegada, se reunirá con vos...

—Cuando yo así lo indique —lo interrumpió Adler, desmontando y echando a andar—. Decidme, ¿dónde puedo encontrar a Magdá?

—¿A Magdá? —contestó el interpelado, esforzándose por mantener el paso—. Me pregunto qué puede traer a un caballero inquisidor a esta casa para hablar con ella. ¿Acaso la bruja ha hecho algo que desconocemos?

Adler bajó la mirada hacia el monje y entrecerró los ojos.

—¡Evidentemente ese asunto no es de mi incumbencia! —se apresuró a añadir el anciano—. La podéis encontrar en sus habitaciones, ya sabéis que su gente no suele prodigarse mucho bajo la luz del sol. Si puedo ayudaros en algo más...

—Es suficiente, gracias —contestó Adler dejándolo atrás.

Adler tomó aire lentamente antes de llamar a la puerta, pero cuando alzó los nudillos, la hoja se abrió sola antes de que pudiera golpearla.

—Pasa, muchacho —dijo una voz rasposa desde el interior.

La pieza estaba iluminada con tan solo unas pocas velas y resultaba oscura y misteriosa. Exactamente igual que la mujer que estaba sentada en el sillón.

—Saludos, Magdá —dijo Adler inclinando la cabeza—, espero que gocéis de salud y...

—Oh, ta ta taaa —gruñó la mujer haciendo aspavientos con una mano—. No creo que hayas venido para hacerme una visita de cortesía, ¿qué es lo que preocupa a la Orden, pequeño?

Magdá era anciana. No al vigoroso y extraño modo de Jhaunan, sino de una forma mucho más convencional. Apenas llegaría a Adler al pecho, pero era tan regordeta que los miembros parecían pequeños en un tronco tan voluminoso. Su rostro estaba plagado de arrugas y, aunque no podía distinguirlos entre las sombras, el inquisidor sabía que sus ojos presentaban dos velos blancos que apenas le permitían ver algo. Sin embargo, por el modo en que los dirigía hacia él, siempre le había dado la impresión de que, de algún modo, veía mucho más que otros.

—Nunca fuisteis especialmente respetuosa —dijo Adler mirando a su alrededor sin ocultar su desagrado.

La habitación olía a polvo y suciedad y bien pudiera no haberse ventilado en años.

—Ta ta taaa —respondió ella, agitando de nuevo la mano mientras trataba de levantarse—. Deja el protocolo y los desfiles para aquellos a los que les puedan interesar. Sé para qué estoy aquí y también sé por qué has venido.

Magdá se dirigió renqueante hacia la ventana y descorrió parcialmente unos pesados cortinajes. En el pequeño trayecto, Adler comprobó que su cojera había empeorado. Cada vez que apoyaba el pie izquierdo, sus ojillos parpadeaban levemente como respuesta al dolor que sentía.

«Cuando una bruja es capturada y acepta buscar la redención sirviendo a la Orden, se le impone la Penitencia Perpetua», les habían dicho mucho tiempo atrás, cuando recibían su formación entre aquellas murallas.

Adler sabía que el mismísimo Melquior, el Señor del Monasterio, había quebrado uno de los tobillos de la bruja mientras trataba de que su confesión fuera lo más prolija posible. Uno de sus hermanos había afirmado que incluso le habían metido una minúscula cuña de madera entre los huesecillos de esa articulación.

En cualquier caso, lo que parecía cierto es que caminar suponía poco menos que una tortura para la mujer.

—Os habéis encontrado con algo que no conocéis ¿no es cierto? —preguntó ella mientras habría la ventana de un tirón.

La anciana se protegió los ojos con la mano y volvió al punto más oscuro de sus habitaciones para sentarse de nuevo.

—Ha habido una serie de desafortunados incidentes en Selén.

—¡Ta ta taaa! Os han atacado con dureza, no hace falta que disfraces las palabras. Si no hubiera sido así, no habrías venido a buscar el consejo de Magdá.

Adler se revolvió con disgusto, pues la bruja siempre había sabido encontrar la forma de incomodarle.

—Hace menos de un mes, atacaron una carroza de recaudación y acabaron con toda la comitiva, pero no quedó rastro alguno de los asaltantes.

—Los bandidos también aprenden —respondió Magdá encogiéndose de hombros. Adler apretó los labios y trató de organizar sus ideas antes de continuar.

—Dos días después, uno de los hijos del gobernador de Pasevalle fue asesinado en una cacería sin que nadie pudiera aportar muchos datos al respecto.

—Cualquier desgracia que le suceda a una familia tan virtuosa y colaboradora con el Emperador es siempre una tragedia —contestó la mujer sin disimular una sonrisa.

—Sea como fuere, dos pelotones enteros de la guardia de Hÿnos fueron encontrados muertos poco después, mientras estaban de maniobras en el noreste de Seléin. No había ni rastro de los que perpetraron la matanza.

—Todo en Seléin ¿eh? —apuntó Magdá acariciándose la barbilla. Sin embargo, casi inmediatamente entrecerró los ojillos y clavó su mirada estéril en el inquisidor—. Pero hay más. No es eso lo que te realmente te preocupa, ¿no es cierto?

Adler dejó escapar el aire con lentitud.

—Un coronel fue atacado mientras pernoctaba en una posada —contestó tras unos momentos de duda—. Fue en Endrinal.

—Sí, lo conozco.

—Se colaron en la posada en plena noche y fueron directamente hacia sus aposentos, pero su escolta dio la voz de alarma.

—Probablemente los vieron llegar y prepararon el ataque. Los guardaespaldas que acompañan a vuestros mandos no suelen ser demasiado discretos.

—El coronel tenía veinte hombres bien entrenados consigo —contestó Adler—, no eran tres o cuatro guardaespaldas. Aun así, el enemigo asaltó la posada en mayor número y no se retiraron pese a las bajas, que fueron cuantiosas en ambos bandos.

—Los bandidos no suelen tener convicciones demasiado fuertes —concedió la mujer—. Desde luego no se lanzan a los brazos de la muerte con tanta alegría.

—Tampoco acostumbran a ser tan numerosos como para atacar abiertamente a tantos soldados —añadió Adler con aspereza.

Magdá quedó unos instantes en silencio, mientras se acariciaba la frente con las yemas de los dedos.

—Los adoradores de Gillean son una realidad en el Imperio, sobre todo en Seléin —dijo al fin—. Sus objetivos, en la mayor parte de los casos, son poco predecibles y erráticos. Lo mismo pueden querer matar a tu coronel que sacrificar un cordero sobre la barriga de una virgen recién desangrada. —La bruja le clavó sus ojillos ciegos, que parecían capaces de desnudar a un hombre hasta el alma—. Pero ambos sabemos que

eso es asunto de las baronías. Si no tuvieran suficiente con sus tropas, o la investigación se volviera demasiado complicada, podrían pedir quizá la asistencia de un árbitro. Tú, en cambio, eres un inquisidor.

Adler asintió y, pese a la reticencia con que lo hizo, terminó por contarle cómo había concluido el ataque.

—La lucha fue terrible y al final parecía claro que el coronel sería asesinado junto con todos sus hombres. Pero, de pronto, los asaltantes alzaron la cabeza y se marcharon tan rápido como habían llegado. A los pocos minutos, por puro capricho del destino, Abelard llegó a Endrinal junto a su cohorte.

Magdá lo miró fijamente antes de encogerse de hombros.

—Es extraño, sí, que dejaran escapar una presa tan tentadora en el último momento. También que parecieran saber que se aproximaba tu antiguo compañero. No obstante, no hay más misterio que el hecho de que fueron avisados de algún modo.

—El coronel aseguró que había algo extraño en el ambiente; cosas que no sabía muy bien cómo explicar.

—Era un hombre que veía cercana la muerte. Muchos de los que han pasado por situaciones similares te dirán ese tipo de cosas.

—Parecía ser sensible a la Voluntad.

—Muchos lo son.

—Quiero decir que percibió susurros; una cierta forma de comunicación en el aire.

Magdá entrecerró los ojos y le mostró su mano abierta. Al instante, Adler sintió una cierta aprensión, como el nerviosismo que precede a una situación de peligro.

—Sí —dijo tratando de despegarse de su desagradable contacto—, pero no me refiero a esto, sino a que los atacantes sabían exactamente cuando tenían que marcharse; de algún modo fueron conscientes de la inminente llegada de Abelard.

—Quizá tenían apostados exploradores y, cuando lo vieron llegar, corrieron para avisar a sus compañeros.

—Ricard asegura que no hubo gritos ni alertas.

—Es posible que...

—Abelard afirma que notó, en el mismo momento de entrar al pueblo, que la Voluntad había sido utilizada poco antes. Y aquellos asaltantes llevaban tatuado el símbolo del Rey Brujo.

—Oh —contestó la bruja bajando la vista—. Oh —repitió al cabo de un instante.

Aquel dato pareció resultarle mucho más relevante que todo lo demás. Daba la impresión de que, por fin, se daba cuenta de la gravedad de aquel asunto.

—Ya sabes que, ni dentro de un colectivo tan pequeño como el mío, las ideas son homogéneas. Hay algunas facciones que viven para luchar abiertamente contra el Imperio. Otras simplemente pretenden vivir en secreto lo mejor que puedan y no faltan aquellos cuya única motivación es acabar con el Emperador.

—Lo sé, pero lo que ha pasado en Endrinal es distinto a todo eso.

La vieja se acarició distraídamente la frente antes de contestar.

—Lo que ha pasado allí bien pudiera ser fruto de alguno de esos trastornados clanes de adoradores de Gillean. Ya sabes que, aunque las brujas no tenemos nada que ver con ellos, muchas veces se apropian del símbolo del Rey Brujo como equivalente directo de la figura del Oscuro.

—Lo que quiero saber, Magdá —dijo Adler mirándola fijamente— es si conoces algún poder que pueda predecir los hechos que todavía no han ocurrido. No parece fácil que nadie averigüe tantas cosas en tan poco tiempo como para perpetrar tal número de ataques. Sobre todo cuando solo uno se torció, y por pura casualidad.

—Si existe un poder así, no lo conozco —respondió la bruja con sencillez—. Se pueden hacer muchas cosas con la Voluntad, casi tantas como imagines. Hay quien puede utilizarla para golpear a sus enemigos con la misma contundencia que un martillo; otros pueden enajenar a una persona e incluso hay quien afirma que puede hablar con los animales —añadió con una risilla—. Pero, que yo sepa, el futuro no está escrito, ni puede controlarse o percibirse en modo alguno, por mucho que algunos lo aseguren.

Adler asintió, meditabundo, pero era evidente que las explicaciones de la bruja no le habían convencido.

—Todo eso ya lo sé —respondió con tono pausado— y no me gustaría pensar que me ocultas algo; al fin y al cabo fuiste una de ellas.

Magdá lo miró alzando una ceja y fingiendo enfado, casi divertida.

—Cuando me trajeron aquí, Melquior me dejó en las manos de los sacerdotes oscuros durante una semana entera —contestó tratando de parecer impasible pese al escalofrío que le recorrió la espalda—. Él mismo colaboró de forma activa en el proceso de la confesión, ya sabes que se toma muy en serio esas tareas.

Magdá se agachó a duras penas para apartar ligeramente la parte de abajo de su falda. Sobre los zapatos de tela, se apreciaba un tobillo grueso y oscurecido en el que destacaban unas protuberancias angulosas. Por algunas de ellas asomaban puntas de metal.

—Tras aquello, y esta bendita Penitencia Perpetua, te puedo asegurar no me queda ya nada que esconder.

Adler tuvo que esforzarse para que el horror que aquella mujer tenía por tobillo no se reflejara en su cara.

—Bien —dijo sencillamente—. Lamento que no hayamos sacado nada en claro.

—Ni siquiera una bruja tan anciana como yo sabe todo lo que esconde mi colectivo. Pero quizá debieras hablar con Melquior. Él también es sabio y más viejo de lo que aparenta. Pudiera ser que arrojara algo de luz donde esta humilde servidora de la Orden ha fallado.

—Parto para Seléin —respondió él con un gruñido.

Magdá soltó una risilla, consciente de que no había en las cuatro provincias un árbitro o un inquisidor que no odiara profundamente a Melquior.

—Ay, mi buen niño. Es innegable que sus conocimientos son vastos y su inteligencia aguda; pero no es menos cierto que lo son de una manera perversa que solo parece servir para poner pruebas más exigentes y sádicas a los que os formáis aquí, ¿verdad?

Adler, incómodo de nuevo, le dedicó una sencilla inclinación de cabeza y se dio la vuelta sin más ceremonia.

—No puedo quedarme para charlar. El tiempo avanza en mi contra y venir al Monasterio en busca de respuestas ha sido un error.

Sin embargo, cuando ya extendía la mano para abrir la puerta, se detuvo bruscamente. Una fuerte opresión en el pecho le nubló la vista y le obligó a boquear en busca de aire.

—Soy anciana y no me quedan ya ilusiones —murmuró Magdá, apoyándose en los brazos del sillón para levantarse—. Si alguien me lo hubiera preguntado hace un rato, habría contestado sin duda que mi única aspiración en la vida era disfrutar del silencio de esta casa y morir en medio de la tranquilidad.

Adler cayó al suelo justo cuando la mujer abría la cajonera que había tras ella.

—Pero no puede ser —dijo con un suspiro—. Esto es demasiado importante como para ignorarlo.

El inquisidor vio, en medio de una creciente agonía, cómo la bruja sacaba un pequeño cuchillo, recto y sin adornos, que brilló a la luz de las velas.

—Un don así solo se ve una vez cada cuatro o cinco generaciones —dijo renqueando hacia él— y no voy a permitir que acabes con ella, sea quien sea.

Pese a que la mujer parecía débil y vulnerable, su Voluntad se le cerraba en torno al corazón con la misma fuerza que unas tenazas. Por más que trató de rechazarla, la presa con que lo tenía atrapado era inquebrantable. Poco a poco, sintió cómo sus pulmones se iban volviendo incapaces de llenarse de aire.

—Espero que no lo tomes como algo personal —añadió Magdá dando pasitos cortos y lentos hacia él—. Nunca me pareciste especialmente odioso. Un poco crédulo; muy rígido en tus posiciones, quizá, pero no malvado ni despiadado. Nada que ver con esa alimaña de Gerard; o ese estúpido plañidero de Abelard.

—Te matarán —logró balbucir Adler.

—Oh, claro que sí —dijo la mujer—. Puede que ya estén viniendo hacia aquí. Noto como tu Voluntad aúlla tanto como puede, pero ambos sabemos que será demasiado tarde. Tienes resistencia y un dominio más que notable de las fuerzas etéreas, si no, ya habrías muerto, no te quepa duda. Pero vosotros no tenéis nada que hacer contra una bruja de verdad. ¡Nada! Os valéis del subterfugio y la traición para asesinarnos cuando somos jóvenes, o acudís con vuestras cohortes hasta que el número se impone al valor. Pero eso no funcionará aquí.

En ese momento, Adler apretó los dientes y descargó toda la fuerza que había estado almacenando en un puntapié sobre la pierna que la anciana estaba a punto de apoyar.

Magdá trastabilló hacia adelante y cargó su peso sobre el pie izquierdo. El tobillo emitió un desagradable chasquido y los clavos que le había puesto Melquior se movieron en todas direcciones. La bruja cayó al suelo en medio de un grito desgarrador y, por un instante, Adler volvió respirar con libertad.

—¡No me vencerás tan fácilmente! —chilló la mujer tratando de arrastrarse hacia él pese a la agonía que ello implicaba. En su mano, el cuchillo seguía lanzando destellos.

El dolor había reducido en parte la fuerza con que la bruja constreñía el pecho del inquisidor. Aquello era apenas un alivio, pero suficiente para que Adler reuniera la fuerza que le quedaba y se lanzara hacia delante en un único movimiento.

Cuando cayó pesadamente hasta el suelo, su propio cuchillo sobresalía del cuello de la mujer.

Olía a pan, pero no a ese agradable aroma que desprenden los hornos cuando la masa se está cociendo y la idea de comerse el resultado, sin más condimento, resulta tentadora. No, porque estaba en el Monasterio y no había un pan más delicioso que el que los monjes hacían allí.

Adler permaneció un instante más con los ojos cerrados, disfrutando de la sensación hasta que, súbitamente, se incorporó recordando los últimos acontecimientos.

—¡Por fin despertáis! —dijo una voz junto a él—. Algunos de los sanadores llegaron a pensar que quizá tuvierais lesiones que os postrarán para siempre. Me alegra ver que estaban equivocados.

Melquior, el Señor del Monasterio, estaba junto a él, sentado tranquilamente en un butacón.

El robusto sacerdote llevaba puesta, como siempre, una túnica roja de un color muy similar a la sangre recién derramada. Un Símbolo de oro macizo colgaba de su cuello y su eterna sonrisa le adornaba el rostro.

Era, sin embargo, una sonrisa de dientes excesivamente blancos y que siempre parecían ser demasiados. A su alrededor, una cuidada perilla cana lo dotaba de una apariencia chocante para tratarse de un sacerdote.

—¿Cuánto he dormido? —preguntó Adler sin molestarse en disimular su desagrado.

—Casi un día entero. Ayer, algo antes de las doce, os encontramos en la cámara de Magdá. Ahora serán las nueve.

Adler asintió, pero no hizo el menor comentario. A su lado, Melquior se removió impaciente, pero sin dejar de sonreír.

—Resulta curiosa, cuanto menos, la forma en que nos reencontramos, tras tantos años ¿no creéis? —dijo al fin.

Adler se giró de nuevo hacia él y le sostuvo la mirada durante unos instantes. No había nada en el sacerdote que se pudiera identificar como una amenaza o una falta de respeto y, sin embargo, esa era la impresión que le daba. Como siempre.

—Quiero que mi caballo esté preparado dentro de una hora —contestó el inquisidor, ignorando por completo la pregunta velada del otro.

—Por supuesto, poderoso señor. Sois ley, al fin y al cabo —contestó Melquior, pero no se movió de su asiento.

Tras unos molestos instantes, Adler se dirigió de nuevo a él, dejando que una parte de la irritación que sentía se reflejara en su voz.

—Podéis marcharos, sacerdote.

—Claro, inquisidor —contestó Melquior, solícito. Pero, cuando llegaba a la puerta, se giró de nuevo—. Es una verdadera lástima lo que le ha pasado a la vieja Magdá.

—¿Lástima? —preguntó Adler sintiendo que la ira comenzaba a desbordarse ante tanta impertinencia.

—Me refiero a que los aspirante necesitarán pronto a una profesora de sus capacidades y no creo que la Orden guarde *reemplazos* de ese tipo.

—¡Estáis hablando de una bruja que casi mata a un inquisidor!

—Oh, no lo creo —respondió Melquior—. Ella no era más que una anciana ajada y vos un poderoso miembro de la Orden. No habría tenido la más mínima oportunidad contra vos, estoy seguro. Sin embargo, me resulta curioso que se haya tenido que llegar a algo así. ¿No os parece extraño que tuvierais que atajar de un modo tan expeditivo este incidente? Realmente me gustaría saber sobre qué versó vuestra conversación.

—Marchaos de aquí —dijo Adler en un siseo—. No lo repetiré.

—Por supuesto, señor —contestó Melquior haciendo una exagerada reverencia—. Al fin y al cabo, sois ley —repitió.

Adler todavía tardó un buen rato en abandonar la soleada habitación. Le dolía todo el cuerpo, especialmente las costillas, como si un caballo se hubiera paseado sobre ellas. No recordaba otra ocasión en la que ponerse sus ropas y las protecciones que solía llevar debajo le hubiera costado tanto.

—Al menos —se dijo— puedo andar sin problemas.

Cuando salió al exterior, el sol lo deslumbró, pero sintió su caricia como un bálsamo después de tantas horas encerrado.

En su camino hacia el comedor, que tantas veces había visitado, pasó al lado de edificios que conocía de memoria y lugares que había recorrido en innumerables ocasiones cuando él mismo se formaba en aquel lugar. Sin embargo, no se detuvo

hasta llegar al patio central del Monasterio. Allí, los aspirantes corrían a lo largo del perímetro, perseguidos por uno de los guardias.

Adler recordaba demasiado bien cómo dolía el látigo con que animaban a ir más deprisa a los que se retrasaban. También tenía fresca en su memoria las funestas consecuencias que podían sobrevenirles a los que desfallecían.

Aquellos muchachos parecían fuertes y saludables. El perseguidor no tuvo que utilizar el látigo ni una sola vez mientras él observaba. Tenían doce o trece años y mantenían la mirada al frente, con gesto adusto y decidido.

Dentro de poco, algunos de ellos serían sus hermanos y, sin duda, se convertirían en poderosos inquisidores.

—Los que sobrevivan hasta entonces, al menos —se dijo mirando hacia las oscuras figuras que se habían reunido para mirarle desde una balconada, a lo lejos.

IV

El camino de vuelta fue mucho más incómodo que el que lo había llevado hasta el Monasterio. Adler tardó casi un día más en llegar a Hýnos, pese a que también tomó varios caballos de refresco.

El dolor que sentía desde su enfrentamiento con Magdá le aguijoneaba el cuerpo sin cesar y no parecía que la continua galopada hacia el Oeste fuera a mejorarlo. Para cuando las murallas de la capital fueron visibles, hacía ya casi una semana que Adler se había marchado de allí.

El inquisidor llegó hasta la Catedral en ese momento en que la tarde comienza a perder realmente la batalla contra la noche. El único deseo que sentía en ese momento era el de darse un baño y dormir una semana seguida, pero también era consciente de que Abelard lo estaría esperando con impaciencia.

Todo aquello, no obstante, dejó de tener importancia cuando el mozo que se encargó de su caballo le comunicó que el Gran Maestre quería verlo inmediatamente.

Los secretarios de Jhaunan todavía estaban trabajando, a la luz de los candelabros, cuando Adler llegó hasta allí.

—Me han dicho que el Gran Maestre quería verme —dijo sin dirigirse a nadie en particular.

Uno de los dos sacerdotes lo miró con unos ojillos pequeños y fatigados y señaló directamente hacia la puerta. El inquisidor pensó por un momento que la expectación con que el otro levantaba la vista debería tener un significado.

—¿Pero qué demonios pensaste que estabas haciendo? —gritó Jhaunan en cuanto lo vio entrar.

Con una rapidez impensable para alguien de su edad, se levantó y se dirigió hacia él hasta poner el rostro muy cerca del suyo. De repente, la piel de Jhaunan se había puesto roja hasta el cuello, donde destacaban un sinnúmero de venas palpitantes.

—¡No puedes matar así como así a la bruja del Monasterio! Por los brazos de Elías, Adler, incluso el Emperador está enojado por este asunto. ¿Es que no sabes la influencia que tiene ese malnacido de Melquior?

—Parece que las noticias vuelan rápidas, en todo caso.

—¡Es el maldito Señor del Monasterio, por los clavos! ¡No hay nadie en este Imperio, salvo nuestro Señor, que pueda dirigirse a él sin sentir, al menos, nerviosismo! ¡Y tú le has privado de la bruja que ha de enseñar a sus aspirantes! —Adler se dio cuenta de que, pese a sus hombros hundidos, Jhaunan le sacaba bastante más de una cabeza—. ¿Pero es que acaso no te das cuenta de lo que has hecho?

—Ella intentó matarme, señor. Estuvo a punto de conseguirlo.

—¡Esa mujer ya debía ser vieja cuando Thomenn hollaba estas tierras!

—No parecía, en todo caso, que estuviera falta de poder.

Jhaunan tomó aire lentamente, apretó los puños, e intentó serenarse antes de volver a hablar.

—Escúchame, Adler. Ya llevas mucho tiempo de retraso y este asunto no puede posponerse.

—No pretendo...

—¡Cállate y escucha! —gritó Jhaunan golpeando el escritorio con tal fuerza que apareció una grieta alargada en el costado del mismo—. Esto no es una misión cualquiera. La gente está muy nerviosa y los nobles de Seléin no paran de cotorrear como comadres asustadas. Sé que eres un buen servidor del Imperio, por eso te voy a pedir que marches hacia allá sin tardanza. Yo me encargaré del asunto de Magdá.

Adler inclinó la cabeza.

—Me gustaría saber si ha habido más ataques.

—Solo uno, la noche anterior de encargarte esta misión. Poco después de que partieras hacia el Monasterio llegó el mensaje: un cuartel de la baronía de Ortiguero.

—¿Un cuartel? —preguntó Adler alarmado—. Pero, ¿con cuántos hombres contaban los asaltantes para hacer algo así?

—Nadie está seguro —respondió Jhaunan volviendo lentamente tras su mesa—. Parecían saber, no obstante, en qué barracones estaban exactamente los mandos y, según nos cuentan, huyeron justo antes de que se diera la alarma.

—¿Cuántos de los nuestros murieron?

El Gran Maestro se restregó la cara con una mano antes de contestar.

—El coronel al mando, cuatro de sus tenientes y casi cuarenta soldados más.

—Sangre de Thomenn... —susurró Adler apretando los dientes—. ¿Y ellos?

—No cayó ni uno solo. Y se llevaron, además, todo el oro que tenían para las pagas —dijo Jhaunan simulando que se concentraba en uno de sus papeles—. Parte cuanto antes. Ya ves que la situación es crítica.

—Sí, señor —contestó él.

Cuando salió de su despacho, las costillas le dolían aún más que cuando entró pero, aun así, en menos de una hora Abelard y él abandonaban Hÿnos por el Camino Viejo, rumbo a Seléin.

No hablaron apenas durante la mañana. Adler se mostraba taciturno y Abelard, que solía encontrar gran placer en el recogimiento, tampoco quiso importunarle. No fue hasta el mediodía cuando el árbitro rompió el silencio.

—Esta es la posada.

—¿Estás seguro? —preguntó Adler frunciendo el entrecejo.

—Del todo. ¿Hay algo que no te convenza?

—No —murmuró el inquisidor—. Es solo que me parece demasiado decente para él.

Abelard resopló, pero no añadió nada.

Un alegre fuego ardía en la chimenea central de la sala común. Pese a la hora, había unos músicos que tocaban sobre una pequeña tarima y las antorchas chisporroteaban llenando de calidez el ambiente.

Los parroquianos los miraron sin disimulo mientras se dirigían a una mesa.

—No lo veo —murmuró Abelard.

—Yo tampoco —contestó Adler haciendo un gesto a una camarera que trataba de pasar desapercibida ante ellos.

—Con todos los respetos, amigo —dijo el árbitro—. Cedric es un borracho, no me extrañaría que estuviera tirado en cualquier cuneta, durmiendo una resaca.

—Cierto —contestó Adler tras pedir dos jarras de cerveza y algo de carne—, pero siempre es puntual.

—No lo necesitamos —contestó el otro poniéndose las manos sobre la sien—. Podemos ocuparnos de esto solos, no hace falta que su apestoso aliento nos embriague cada mañana.

—Escúchame —dijo el inquisidor sin alzar la voz—, Cedric tiene muchos defectos, pero también es la persona con más resistencia a la Voluntad que conozco. Eso por no mencionar lo obvio.

Adler terminó sus palabras señalando hacia arriba.

—¡Ese es mi hermano! —rugió una voz en el piso superior—. Y ese otro debería serlo también si no fuera tan idiota.

Cuando Abelard alzó la vista se topó con los ojillos vidriosos de Cedric.

—Santo Lám —murmuró llevándose una mano a la frente.

El hermano de Adler era una mole de dos metros de altura presidida por un rostro infantil de cabellos rubicundos y mofletes sonrojados. Tenía unos brazos más gruesos que las piernas de muchas personas, pero su barriga también abultaba más que algunos de los presentes. Tanto era así, que sus ropajes oscuros casi no podían estar bien colocados y se le veía el ombligo cuando levantaba los brazos.

—Esperad un momento —dijo con una voz tan insegura como sus pasos—. Enseguida bajo.

—Por el tormento de Thomenn, solo es mediodía y ya está borracho —susurró Abelard—. ¿De veras estás seguro de esto? ¡No podremos pasar desapercibidos si tenemos que cargar con él!

Por toda respuesta, Adler se levantó y dejó que su hermano lo abrazara con una efusividad incontrolable.

—¡Hermano, cómo me alegro de verte! —dijo Cedric.

—También yo. Ha pasado mucho tiempo desde nuestro último encuentro.

—Oh, sí, aquella fue una campaña gloriosa. Pero veo que te has traído a nuestro buen Abelard. ¿Cómo va todo, amigo mío? ¿Sigues rezando veinte horas al día?

—Saludos, inquisidor —contestó Abelard reprimiendo una respuesta más contundente—. Sois ley.

—Ah, ¡brujas y cuervos! —gruñó el inquisidor—. ¡No me trates como si no nos conociéramos! Pasamos mucho años juntos en el maldito Monasterio como para que ahora me vengas con tus remilgos mojigatos. ¿Ya te has olvidado de cuando robábamos miel en las cocinas? ¿O la vez que te rompiste los pantalones en aquel pueblo y volviste enseñando el culo por media baronía?

—Vos... —comenzó a decir Abelard.

—¡Eh! —gritó Cedric alzando un índice, grueso como la pata de una silla—. ¿Qué te he dicho?

El árbitro no contestó, pero asintió con la cabeza.

—Eso está mejor —dijo Cedric dándole unos cachetes en los carrillos—. Y ahora, ¿qué será? ¿Costillas de cerdo o estofado?

—Lo mejor es que busquemos un lugar donde podamos hablar con más comodidad —dijo Adler con voz suave.

A su alrededor, todos los parroquianos habían enmudecido. Incluso la música había dejado de sonar.

—La verdad es que no hay gran diferencia entre ver a un inquisidor o ver dos —dijo Cedric—. ¡Lo que sí es excepcional es que uno de estos árbitros vaya sin todas sus damas de compañía!

El orondo personaje se echó a reír y le dio a Abelard una palmada en la espalda que habría sido suficiente para lesionar a un hombre más débil.

—Seguidme. Mis habitaciones son espaciosas y podremos estar a nuestras anchas.

Tal y como había prometido, los aposentos de Cedric eran discretos y espaciosos. Con tan solo un par de gritos, el inquisidor logró que les trajeran comida, bebida y tres sillas. Tras unos minutos, no obstante, él mismo arrastró la cama para poder recostarse junto a ellos.

—Entonces no sacaste respuestas de aquella vieja bruja —murmuró alcanzando un muslo de pavo.

—Al contrario, señor —respondió rápidamente Abelard—. Vuestro hermano ha demostrado que este asunto es tan grave como para que una anciana a punto de morir trate de asesinar a un inquisidor dentro del Monasterio.

—Eso sin tener en cuenta que, pese a todos los años que Magdá permaneció allí, nunca confesó nada.

—Por no mencionar las atenciones que sufrió durante una semana a manos de los sacerdotes oscuros o la Penitencia Perpetua.

—Demonios de Gillean —murmuró Cedric—. ¿Qué clase de convicción hace falta para resistir de ese modo?

—Una que no nos conviene en absoluto —intervino Adler.

Sus dos compañeros comieron en silencio mientras el inquisidor relataba los detalles a Cedric.

—Tras la carroza de la recaudación, asesinaron al hijo del gobernador de Pasevalle.

—No es una familia a la que las brujas guarden un cariño especial —murmuró su hermano—. Los gobernantes de Seléin tienen, a menudo, ese fanatismo propio de los nuevos creyentes. Saben que la lealtad de la cuarta provincia siempre está en tela de juicio y se esfuerzan por demostrar su devoción al Emperador.

—Por cada bruja que se quema en cualquier otra parte, los barrenderos de Pasevalle limpian las cenizas de cuatro —terció Abelard.

—Y a veces son cenizas de mujeres inocentes —añadió Adler—. Desde luego no son enemigos lo que les falta a los mandatarios de Pasevalle.

—Pero está, además, el asunto de los dos pelotones de la guardia de Hÿnos que masacraron de noche, sin dejar pistas, y el ataque al coronel Ricard —dijo el árbitro.

—Sí, lo de los soldados lo había oído por casualidad, pero lo de Ricard es una noticia que ha corrido como un mal catarro —respondió Cedric—. Un conocido me contó que el muy imbécil está continuamente alardeando de cómo luchó contra hordas de enemigos, defendiendo él solo a las gentes de la posada.

—Eso difiere bastante de la realidad —murmuró Adler—. Pero no afecta al hecho de que es el punto más preocupante de todo esto, junto con el último ataque.

Sus compañeros se volvieron hacia él, interrogantes, y escucharon atónitos cómo unos desconocidos se habían colado entre los soldados, sembrando la muerte en el cuartel.

—Pero, ¿acaso tenían espías allí dentro? —preguntó Abelard espantado.

—No parece que fuera así —respondió Adler.

—Aunque los tuvieran —sentenció Cedric—, no es humano que caigan tantos hombres sin que nadie dé la alarma a tiempo, ni que los asaltantes se larguen indemnes.

—Cierto —concedió Abelard—. Parece que no hay duda de que la mano de una poderosa bruja está detrás de todo esto.

—La cuestión es si podemos relacionar estos hechos entre sí —dijo Adler.

—Bueno, está claro que todos, sin excepción, tienen el mismo objetivo: golpear al Imperio con la mayor dureza posible: ya han matado a más de cien personas y han robado una buena cantidad de emperadores de oro.

—En mi opinión —dijo Abelard—, creo que deberíamos contar con que todos tienen un mismo origen. Si finalmente resultara que la recaudación fue asaltada por unos bandidos, o que el hijo del gobernador simplemente recibió un virote por accidente, serán buenas noticias. Pero no parece probable que así sea.

—Estoy de acuerdo —dijo Adler.

—Y yo también —concedió Cedric, dándole al árbitro otra fuerte palmada en la espalda antes de coger un generoso trozo de tarta con las manos.

Se pusieron en camino en cuanto terminaron de comer pero, en esa ocasión, la marcha resultó mucho menos ágil y silenciosa: Cedric no paraba de rezongar pues, cuando no le dolía la espalda, necesitaba detenerse para orinar o le escocía la entrepierna por las horas a caballo. Pero igualmente se dirigía a sus compañeros si un árbol era muy alto o si se cruzaban con un campesino que tenía la nariz torcida. De hecho, Cedric parecía no callar jamás.

—Me pregunto si esta es la mejor manera de pasar desapercibidos —gruñó Abelard en una ocasión.

Habían cambiado sus ropas de la Orden por otras menos llamativas, pero su nuevo compañero era demasiado corpulento para que la gente no se fijara en él. Incluso su caballo era descomunal, empequeñeciendo hasta a los soberbios ejemplares que solían utilizar los agricultores de Rock-Talhé.

—Quizá lo mejor fuera pararnos ante cada árbol en que los peregrinos han tallado el Símbolo y rezar unos minutos al Salvador —le respondió Cedric—. Es posible que, para cuando no tengamos pelo en la cabeza y hayamos perdido todos los dientes, consigamos llegar a nuestro destino.

Adler, por su parte, guardaba silencio, aunque las arrugas de su frente reflejaban la preocupación que sentía.

Los tres compañeros avanzaron durante horas por el Camino Viejo, rumbo al Sur. Los enormes sauces de Seléin flanqueaban la calzada y se internaban en los laterales, aportando un carácter delicado y esponjoso a los tupidos bosques. Aunque esa especie, propia de la cuarta provincia, nunca perdía sus hojas, otros árboles menos afortunados sí que lo habían hecho. Los adoquines del camino más importante de Seléin se hallaban en esa zona cubiertos por las hojas de los almendros y los robles cercanos.

En la lejanía, allá donde el terreno se elevaba en algún punto, los abetos se hacían pronto dueños del espacio. Y, mucho más al oeste, ya en las inmediaciones de las Colinas Eternas, sus primos gigantes se alzaban monumentales hasta una altura que podía superar con amplitud los ciento veinte metros. Se decía, incluso, que muchos de esos árboles ya estaban allí cuando Thomenn predicaba en las tierras del Imperio.

Pero, pese a la belleza del paisaje, Cedric no tardó en alzar la voz en cuanto el sol se ocultó tras las copas más lejanas.

—Bueno, amigos, habrá que ir pensando en parar en una posada. ¡Conozco una no lejos de aquí que hace la mejor carne de ciervo que os podáis imaginar!

—No pararemos en ninguna posada —respondió Adler.

—¿Cómo? ¿Será posible que tres caballeros de nuestra altura tengan que cabalgar durante toda la noche?

—Se refiere a que dormiremos al raso. Debemos evitar miradas curiosas y apariciones innecesarias —respondió Abelard con tono ácido.

—Conozco nuestra labor mejor que tú, pero no creo que haya ningún problema en dormir en una cama.

—Hermano —dijo entonces Adler, deteniendo el caballo—. Si hay una bruja implicada en este asunto, es extremadamente poderosa. Tanto, que parece capaz de ver los acontecimientos que aún no han sucedido. Si tal es el caso, haremos bien en extremar las precauciones ¿no te parece?

El tono del inquisidor estaba revestido de una delicadeza que Abelard nunca había visto en su amigo. Adler era famoso por su carácter implacable cuando luchaba, por su astucia, por su capacidad para remover el cielo con la tierra de un modo infatigable. Pero, cuando se dirigía a su hermano, parecía que toda la dureza se suavizaba, como un padre severo que reprendiera a un hijo díscolo pero al que se ama profundamente.

—Claro, hermano —respondió Cedric tras unos segundos, bajando la vista—. Tienes razón.

De ese modo, avanzaron un rato más antes de desviarse hacia la espesura cuando se aseguraron de que nadie los veía. Poco después, un pequeño fuego ardía en un hoyo rodeado de piedras, y los compañeros se protegían con sus capas de viaje. El otoño siempre era suave en la cuarta provincia, pero las noches solían ser frescas y la lluvia nunca estaba lejos.

—Vamos a ver qué tenemos por aquí —dijo Cedric tomando el saco en el que llevaban las provisiones—. ¡Oh, una empanada de setas! Deliciosa, en ningún sitio la preparan mejor. Y en este cuenco de barro hay carne. No será como aquella que os decía, caliente, tierna y sabrosa, pero estará bien. Y, por supuesto, pan del día.

—Dime, ¿cuántas hogazas te comiste aquella vez? —preguntó Adler, sonriéndole.

—Pocas —contestó Cedric alzando la vista hacia el firmamento—, siempre he pensado que fueron pocas. ¿Cómo es posible que el pan del Monasterio sea tan delicioso? El cercano hedor de Melquior debería agriarlo, pero no es así. ¿Tú qué piensas, Abelard?

—Que deberías comer menos, inquisidor.

—¿Vas a seguir llamándome así? Por el Roble, ¡hemos compartido momentos gloriosos!

—Sí, y son bellos recuerdos, pero recuerdos, en todo caso —respondió Abelard mientras se marchaba para recoger algo más de leña.

—¿Qué le pasa? —preguntó Cedric cuando se alejó—. Ya era aburrido y estirado cuando éramos unos chiquillos, pero ahora es como si se hubiera tragado un kilo de sal.

Adler se encogió de hombros.

Cuando el árbitro llegó, los tres hombres comieron en silencio. Al rato, no obstante, la voz del gigantón se alzaba en medio del bosque, desentonando una

canción. Cedric había sacado un pellejo de vino y, a la vista de que sus hermanos no parecían tener mucha intención de catarlo, lo fue vaciando él solo.

—Siempre me he preguntado —dijo dirigiéndose a Adler de pronto— por qué te pusiste un nombre tahliano.

—No recuerdo habérmelo puesto yo. Supongo que es con el que llegué al Monasterio.

—Pero ¡mírate! —exclamó su hermano—. Ni eres moreno ni tienes esa prodigiosa complexión que presentan los de Rock-Talhé. Es más, creo que incluso eres más bajito de lo que recordaba. Es algo bastante cómico.

Cedric hablaba a voces y ya no conseguía pronunciar bien todas las palabras. Sus ojos se habían entrecerrado ligeramente y la nariz se le iba poniendo cada vez más roja.

—¿Te parezco cómico? —respondió Adler, fingiendo enfado—. Y ¿qué hay de ti? Cedric es un bonito nombre, pero originario de la refinada Louisant. ¿No es extraño, acaso, que el hombre que lo exhibe sea más ancho que alto y lleve siempre la barriga al aire?

Cedric alzó una ceja y miró a su hermano fijamente. Después se echó hacia atrás para reír a carcajadas hasta que estas se convirtieron en ronquidos y el sopor lo venció.

—No sé cómo lo soportas —dijo Abelard—. Sinceramente, no puedo entender para qué lo has traído con nosotros.

—Es un buen inquisidor.

—¡Por el trono de Hÿnos! ¡Es una bola de grasa lenta y caprichosa! ¿Cómo es posible que el afamado Adler disculpe cada estupidez que dice y lo trate con tanto mimo como el que una madre tiene cuando le limpia el culo a su bebé?

Adler miró al árbitro sin mudar la expresión.

—Creo que es la primera palabra malsonante que te oigo en años —dijo al fin con una sonrisa.

Abelard bufó y se envolvió en su capa.

—Estoy seguro de que, al final, hasta tú te arrepentirás de haberlo traído.

—¿Eso crees?

—Sí, sin ninguna duda. Duérmete, yo haré la primera ronda.

Adler asintió y se tumbó sobre su esterilla. Al poco tiempo, respiraba regularmente, pero sus ojos siguieron abiertos un buen rato más.

A la mañana siguiente se pusieron en camino casi con el amanecer. Cedric se quejó de las pocas horas de sueño y de que le dolía el cuerpo por haber dormido al raso. Incluso Adler tuvo que admitir que no se sentía del todo recuperado desde su visita al Monasterio. Únicamente Abelard parecía ansioso por retomar la marcha pero, a

medida que iba pasando el tiempo, su rostro se fue ensombreciendo y su avance perdió parte del vigor.

—¿Qué te preocupa, amigo? —preguntó Adler, que llevaba observándolo un buen rato.

Abelard sacudió la cabeza, como queriendo apartar un mal sueño.

—No es nada. Solo pensaba que, si se trata realmente de una bruja, es extraña la forma en la que nos ha estado golpeando.

—¿A qué te refieres?

—Primero asaltaron una carroza; luego se las arreglaron para matar a un noble en una cacería; después atacaron a dos pelotones de soldados y, posteriormente, trataron de tomar una posada por la fuerza.

—Y luego está lo del cuartel —apuntó Cedric, algo más atrás.

—En efecto. Y hay algo que no encaja en todo esto. ¿No os resulta extraño que sus ataques sean tan erráticos? Es decir, han ejecutado movimientos dispares aquí y allá, sin que parezca haber un plan o una organización superior.

Adler asintió, animándole a seguir.

—Creo que todos hemos llegado a la conclusión de que los golpes no tenían más relación entre ellos que el deseo de causar el mayor daño posible. Todos han sido ataques duros, pero empiezo a pensar que no les importaría demasiado matar al coronel Ricard o a cualquier otro. Sencillamente, da la impresión de que vieron la posibilidad y actuaron.

—También yo pienso así —murmuró Adler—. Es como si el poder que les guiara no fuera efectivo siempre o no actuara de forma continua.

—Sin embargo, creo que lo más preocupante es que llevan más de una semana sin mover ficha.

—¿Quizá los hemos asustado! —dijo Cedric con una profunda carcajada.

—O eso —contestó Abelard sin asomo de alegría en su mirada—, o es que están preparando algo mucho peor.

Tras la última conversación que habían mantenido, los tres hombres se mostraban callados y taciturnos. El día pasó, triste y nublado, hasta que de nuevo se vieron cenando en el bosque, no lejos del camino principal.

Cedric había estado inusualmente malhumorado y casi no abrió la boca en toda la tarde. Abelard, que no se esforzaba demasiado en ocultar la incomodidad que le producía su compañía, se dedicaba a repasar una y otra vez los hechos que conocían, intentando descubrir algún detalle que se les hubiera pasado por alto. Únicamente Adler mantenía su eterno rictus de tranquilidad, aunque su cabeza también trabajaba afanosamente.

—Mañana llegaremos por separado a Santaela —dijo cuando se sentaron a cenar—. Nos dispersaremos por el pueblo y trataremos de conseguir información.

—Santaela es una ciudad pequeña —murmuró Cedric—. No creo que pasen cosas muy interesantes allí.

—Precisamente por eso los rumores son más que bienvenidos —respondió Adler—. Si nos cruzamos por el pueblo, haremos como si no nos conociéramos. Cuando el sol esté más bajo que la torre del templo nos reuniremos en la posada que hay en la entrada norte. Sus compañeros asintieron y siguieron comiendo.

Como no podía ser de otro modo, Cedric no tardó en sacar el otro pellejo de vino que llevaba con él y, ante la negativa de sus hermanos, comenzó a beber solo, igual que la noche pasada.

Sus dos compañeros ya estaban reposando la comida cuando él comenzó a canturrear.

—Espero que no haya más vino hasta que acabemos la misión —dijo Adler con suavidad.

—¡Claro que no! —contestó Cedric con una sonora carcajada, y echó otro trago—. A partir de mañana solo beberé cerveza. Hay que entonarse para la batalla que se avecina. ¡Será gloriosa!

—Me refiero, hermano, a que no deberías beber más alcohol.

—¿Eso crees? —murmuró el inquisidor—. Bueno, si tú lo dices, Adler, así lo haré.

Abelard resopló cuando oyó que Cedric apenas era capaz de pronunciar correctamente el nombre de su compañero.

—No podemos luchar contra la bruja y cargar con esto —dijo señalándolo.

—Es cierto, es cierto —se apresuró a decir el gigantón, sin saber a qué se refería—. Debemos descansar. Dormid, yo me encargaré de la primera guardia —dijo con un ojo cerrado, intentando ver por qué el vino ya no caía del agostado pellejo.

—No se puede dejar a un centinela ebrio a cargo de la seguridad —murmuró el árbitro torciendo el gesto.

—¡Siempre estás insultándome de forma velada! —barbotó Cedric de pronto—. Comienzo a estar muy harto de tus viles cuchicheos de mozuela.

—No he dicho una sola mentira —replicó Abelard, rojo de furia.

—Ah, ¿no? Apuesto a que te crees tan virtuoso que te encantaría descargar sobre mí toda la fuerza de tus benditos puños —dijo Cedric sin darse cuenta de que las palabras se tropezaban con una lengua demasiado torpe—. Pues venga, pégame. Vamos, pégame.

—No le pegues —dijo Adler sin alzar la voz.

—Por supuesto que no alzaré mi mano contra un inquisidor —respondió Abelard cruzándose de brazos pese a que la rabia amenazaba con desbordarle.

—He dicho que me pegues, alfeñique, ¿acaso te crees mejor que yo?

—No le pegues —repitió Adler.

—¡No le voy a pegar!

—Pero ¿qué te pasa? ¿Es que no te atreves? —preguntó Cedric dándole un cachete.

—Déjalo en paz —dijo Adler resoplando.

—Por favor, inquisidor, para.

—Te he dicho que no me llames inquisidor. —El aliento de Cedric era tan fuerte que casi podría utilizarlo como arma en un combate—. Pégame.

—¡He dicho que no!

—¡Que me pegues! —rugió Cedric—. ¡Es una orden!

El puño de Abelard salió despedido como un resorte y golpeó al inquisidor en la sien con una fuerza capaz de noquear a cualquier persona. Al menos, a una persona normal, pero no a aquel hombre.

Antes de que el árbitro pudiera disculparse, el brazo de Cedric se movió a una velocidad imposible y le golpeó en el pecho como si fuera un ariete, haciéndolo rodar varios metros.

—Tenías que hacerlo, ¿verdad? —preguntó Adler.

—Vamos, hermano, no te pongas trascendental —dijo Cedric, arrojando al suelo el pellejo de vino con frustración—. Solo ha sido una caricia y he dejado que se protegiera.

—Duérmete, Cedric. Mañana recorreremos muchos kilómetros y tenemos que estar frescos. Debemos descansar.

—Bien, lo haré. Pero dile a ese petulante iluminado que no vuelva a dirigirme la palabra o le pegaré de verdad.

—Tranquilo, no creo que lo haga —respondió Adler mientras Abelard se levantaba trabajosamente del suelo.

El árbitro sacudió la cabeza un par de veces antes de volver dando tumbos para sentarse cerca del fuego.

—Te dije que no le pegaras.

Unos gritos despertaron al árbitro horas más tarde. La silueta de Adler se recortaba a la luz de los rescoldos y tenía una mano sobre el pecho de Cedric.

—¿Qué sucede? —preguntó Abelard empuñando la espada.

Por toda respuesta, el inquisidor señaló hacia su hermano y se llevó un dedo a los labios pidiendo silencio. Cedric se revolvía con evidente sufrimiento, murmurando palabras ininteligibles y tratando de apartar los fantasmas que lo atormentaban. Tenía la frente perlada de sudor y una mueca de ansiedad le cubría el rostro.

Tras unos minutos, pareció tranquilizarse y, de nuevo, su inmenso pecho volvió a subir y bajar rítmicamente.

—Siempre tiene pesadillas —dijo Adler cuando Abelard se sentó junto a él—. Desde los últimos años del Monasterio.

El árbitro lo miró con el ceño fruncido.

—¿Recuerdas cómo era? —preguntó Adler tras unos instantes—. Me refiero a cómo era antes, cuando tú todavía estabas con nosotros.

—Ya lo creo —contestó Abelard—. No había nadie más fuerte que él y su presencia de ánimo parecía bastar para inspirarnos a todos. Pocas veces se ven personas tan brillantes y optimistas.

—Sí, es cierto —contestó el inquisidor con una sonrisa triste—. ¿Y recuerdas la primera vez que fuimos a ese burdel de la baronía de La Flere?

Abelard bajó la vista y asintió, con un incipiente rubor en sus mejillas.

—Por los brazos de Elías —dijo Adler—, que jamás se ha visto allí que alguien disfrute de lo que ofrecen sin necesidad de pagar.

—Nuestro compañero era... —Abelard buscó la palabra adecuada por un instante — atractivo. Parecía tener un carisma natural que dejaba indefensas a las personas, lo mismo hombres que mujeres. Creo que una vez incluso hizo reír a Melquior. ¿Cómo es posible que haya llegado a esto? —preguntó señalando el gigantesco bulto que volvía a roncar en esos instantes.

Adler suspiró con tristeza y clavó los ojos en las brasas.

—Cedric nunca superó la última fase de la instrucción como inquisidor —susurró—. Es decir, llegó hasta el final, pero algo se rompió dentro de él antes de que saliéramos. Lo que Magdá y Melquior le hicieron fue demasiado para él.

—¿A qué te refieres? —preguntó Abelard arrugando la frente.

Adler se mantuvo en silencio un buen rato antes de tomar aire lentamente y mirar a los ojos al árbitro, como valorando algo. Al cabo de unos instantes más, comenzó a hablar.

—¿Recuerdas a aquella muchacha que trabajaba en las cocinas? Todos la espiábamos cuando éramos pequeños y los que pudimos verla cambiándose el vestido llegamos a sentir que habíamos alcanzado el culmen de nuestras vidas.

Abelard asintió, mientras el rubor de sus mejillas crecía hasta el extremo.

—La muchacha tenía una risa cantarina y un carácter tan dulce que volvió loco a Cedric. En cuanto vosotros os fuisteis y los aspirantes a inquisidores comenzamos a ser tratados algo mejor, nuestro hermano decidió actuar. —Adler negó con la cabeza y se frotó la frente con cansancio—. Los demás nos habíamos contentado con otear desde la lejanía, pero él comenzó a escaparse de sus habitaciones para cortejarla.

—¿Me estás diciendo que un futuro inquisidor flirteaba con una moza en medio del Monasterio? —preguntó Abelard estupefacto.

—No solo eso. Cedric se enamoró perdidamente de ella y parece que la muchacha lo correspondía. Supongo que, si todo hubiera sido un inocente juego de chiquillos, nada de aquello hubiera pasado. Él se habría tenido que marchar al final y ambos habrían llorado durante un tiempo antes de irse olvidando poco a poco el uno del otro.

—Los sentimientos de las personas no son tan superficiales, amigo —susurró Abelard.

—¡Maldita sea la semilla oscura del Creador, ya lo sé! —gruñó Adler apretando los puños—. Tú estuviste felizmente casado y tengo que confesar que yo mismo, en algún momento, he sentido algo que podría ser amor. ¡Pero un inquisidor no puede tener nada serio en esos campos! Nos debemos al Emperador y a la ley de Thomenn. ¡No hay espacio para nada más en nuestros corazones!

Súbitamente, las brasas chisporrotearon con violencia y Abelard sintió como la Voluntad de su amigo se agitaba, afilada como las garras de un águila, antes de volver a replegarse. Incluso Cedric se agitó en sueños.

—Un inquisidor no puede tener ese tipo de relación, pero mucho menos cuando Melquior acecha —dijo Adler con la voz serena de nuevo—. Un buen día convocó a nuestro hermano en la arena donde nos entrenaban con las armas y le dijo que tenía que enfrentarse a algo especial.

—¿Algo especial?

—Melquior los llamaba *desafíos* y podían consistir en cualquier ocurrencia que hubiera tenido. A veces nos quitaba las armas, o nos enfrentaba con varios reos para que nos batiéramos a muerte. Pero aquella vez fue más retorcido que nunca.

La mirada del inquisidor era tan oscura que Abelard no se atrevió a abrir la boca hasta que su hermano no se sintió de nuevo preparado para continuar.

—Había una caldera atiborrada de carbón y leña en el centro de la arena. El calor que desprendía se notaba incluso en las gradas desde donde los demás observábamos. Sin ninguna explicación, encadenaron a Cedric por las muñecas y por la cintura a un mecanismo conectado a ella. Si movía los brazos, varias secciones de la caldera se descorrían y dejaban salir el vapor que borboteaba en la parte de arriba. Si trataba de alejarse, se iban abriendo una serie de orificios progresivamente más grandes que dejaban a la vista las llamas que ardían en su interior.

—¿Pretendían quemarlo vivo? —preguntó Abelard horrorizado.

—No. Era mucho peor que eso —respondió Adler—. Antes de darle un simple garrote y soltar a tres lobos hambrientos, Melquior hizo que descolgaran una voluminosa caja sobre la caldera.

—¿Qué contenía?

—Ninguno lo sabíamos, pero cuando nuestro hermano alzó el brazo por primera vez para descargar su arma, lo averiguamos. El vapor salió disparado hacia los agujeros que había en la parte de abajo de la caja y se oyeron unos chillidos agudos, como los que hacen las ratas cuando las pisan. Sin embargo, también se oyó el grito de una persona. De una muchacha joven, parecía. —El árbitro abrió mucho los ojos—. Cedric se quedó paralizado. Los lobos lo atacaron con fiereza y él trató de defenderse a patadas pero, si se movía demasiado, los orificios se abrían y las llamas ascendían hasta la caja.

Adler guardó silencio durante casi un minuto.

—Dudo que ninguno podamos olvidar jamás los gritos de la muchacha y el horrendo sonido de las ratas que compartían la caja con ella; el tremendo calor de la

caldera; el olor; las lágrimas de Cedric.

—¿Cuál fue el resultado de aquello? —preguntó Abelard tapándose los ojos con una mano.

Adler se encogió de hombros, intentando que la mandíbula no le temblara.

—Cedric está aquí. Al final se defendió.

Abelard dejó escapar el aire en un jadeo estrangulado.

—Desde entonces no fue el mismo. Luchaba si debía hacerlo y acudía a aquella aldea de La Flere siempre que le era posible, pero ya no tenía ganas de vivir. La pena y la culpa le habían destrozado por dentro.

Adler contempló la voluminosa figura de su amigo con una tristeza infinita en el rostro.

—Consiguió aguantar hasta el final. Algunos hicimos todo lo posible para ayudarlo. Llegué a pensar que, quizá, al salir de aquel lugar todo mejoraría. Ver mundo y conocer a otras personas volverían a convertirlo en el compañero que todos habíamos conocido. Sin embargo, pronto comprendí que nunca sería el de antes.

Abelard tenía los ojos llenos de lágrimas. Apoyaba la cabeza en ambas manos y sentía cómo la vergüenza iba creciendo dentro de él.

—Es mi amigo, como tú, y no lo dejaré caer. Hemos pasado por demasiadas cosas juntos —dijo Adler tras unos instantes—. Pero, quizá, todos debiéramos reconsiderar nuestras convicciones —dijo con suavidad—. Al fin y al cabo ¿qué fue lo que pasó cuando Thomenn encontró al Bufón?

Abelard asintió lentamente, tratando de que el llanto no resultara perceptible por su amigo.

—Descansa —dijo cuando logró controlarse—. No creo que hoy pueda conciliar el sueño. Pero, por favor, no vuelvas a decirme que debería haberme quedado esos dos años más en el Monasterio.irme fue la mejor decisión que he tomado en mi vida.

V

Un agradable aroma despertó a Cedric a la mañana siguiente.

Abelard estaba frente al fuego y preparaba unas gachas en las que había echado algo de miel y una ramita de vainilla.

—Saludos, Cedric —dijo cuando vio que el gigantón se incorporaba.

—¿Cedric? —preguntó él, frotándose los ojos—. ¿Nada de *borracho* o *indecente*? ¿Ni siquiera *inquisidor*?

—Bueno, si vamos a viajar juntos, mejor que lo hagamos de la manera más cómoda posible, ¿no te parece?

—Por mí está bien —contestó él rascándose la barriga.

—A ser posible, comamos de una vez y marchémonos de aquí —dijo Adler, que volvía de rellenar los odres—. Tenemos una misión que cumplir.

—Tus órdenes son música en mis oídos —contestó Cedric relamiéndose.

Los tres compañeros desayunaron bajo un cielo nublado y muy oscuro todavía. Cuando el mayor de los tres acabó con su tercer cuenco, que apuró hasta dejarlo casi reluciente, no pudo por menos que felicitar a su compañero.

—Amigo mío —dijo dándole una de sus fortísimas palmadas en la espalda—. Como experto en la materia puedo decirte que es imposible hacer algo mejor con tan pocos medios.

—Gracias, supongo —dijo Abelard, dejando que una media sonrisa se le escapara.

—A propósito, perdona el golpe de anoche. A veces me pongo juguetón.

—No te preocupes, a todos nos pasa. Espera a que vuelvas a dormirte delante de mí y lo verás.

Cedric lo miró estrechando los ojos y, al cabo de un momento, se echó a reír con estruendosas carcajadas.

Santaela nunca fue una ciudad grande. Había tenido una importantísima feria de ganado décadas atrás pero, en la actualidad, ese comercio se había desplazado a otros núcleos más prósperos.

Tampoco tenía templos o ermitas famosas, ni productos exclusivos, como el pescado en salazón que solía venderse en la baronía de Agua Clara o la plata que trabajaban en algunos lugares de Ortiguero. Sin embargo, su población se había mantenido estable cultivando las tierras que habían arrebatado al bosque o pastoreando vacas y ovejas. Como era lógico, los agricultores necesitaban también herramientas para sus campos y leña para sus casas. De ese modo, en la ciudad no faltaban tampoco herreros ni leñadores que, a su vez, tenían necesidad de lo que otros

oficios podían ofrecer, ampliando el círculo hasta formar una comunidad de casi mil almas.

Por eso, cuando aquel gigantesco noble entró en la ciudad, muchos se lo quedaron mirando. Pero no porque fuera un forastero de los que veían todos los días. Lo que sorprendía a la gente era su tamaño.

Sin embargo, ni Abelard ni Adler suscitaron segundas miradas. El primero se dedicó a recorrer la ciudad durante horas, deteniéndose para ajustarse mejor una bota o releer un ajado manuscrito siempre que escuchaba cerca de él alguna conversación interesante.

El inquisidor, en cambio, fue a hacer negocios con un comerciante de telas, a hablar discretamente con la guardia de la ciudad y a ofrecer sus servicios como guardaespaldas a dos nobles que vivían allí.

Cuando llegó la hora convenida se reunieron puntuales en la posada que habían acordado.

—Me he enterado de algunas cosas —dijo Abelard—. Sé dónde viven algunos de los supervivientes del ataque contra Ricard y también he hablado con un primo del alguacil.

—Callaos y escuchadme —contestó Cedric con un tono que no admitía réplica.

Para cualquiera que mirara hacia ellos, el voluminoso hombre tenía una sonrisa en la boca y hablaba animadamente con sus amigos. El tono con que lo hacía y la gravedad de sus palabras, sin embargo, solo eran apreciables por sus dos compañeros. Lo único que podría resultar extraño es que permanecieran allí menos de dos minutos. Casi en cuanto se sentaron, apuraron sus vasos y se marcharon de la posada.

—Esta mañana, cuando iba hacia otra taberna —dijo Cedric jadeando por el paso tan apresurado que llevaban—, vi a un hombre delante de mí, a unos cincuenta metros. No sé por qué me fijé en él pero, de pronto, dio un respingo y se volvió directamente hacia mí, aunque la calle estaba muy concurrida. No lo hizo con curiosidad o sorpresa, sino con miedo.

—Quizá te reconoció como inquisidor —sugirió Abelard—. Cualquiera que te haya visto alguna vez se acordaría de ti. No te ofendas.

—No lo hago, pero te aseguro que no fue el caso. Sentí de pronto que una poderosa Voluntad se manifestaba en la zona, y el hombre salió corriendo.

—¿No lo perseguiste? —preguntó Adler.

—Un hombre de mi tremenda musculatura no *persigue* —dijo Cedric fingiendo indignación—. En cambio, sí que lo seguí. Localicé su asustada presencia y avance hacia él. Ha estado toda la tarde hecho un ovillo en una habitación de una posada no lejos de aquí.

—¿Y ahora? —preguntó Abelard alarmado.

—Creí que sería mejor esperar a que saliera y seguirlo. Puede que nos lleve hasta algo interesante. Antes de venir para informar, le he dado una moneda de plata a un pilluelo para que se quedara vigilando y le prometí otra cuando volviera.

—Bien hecho —dijo Adler palmeándole un hombro.

Tal y como el inquisidor había dicho, el pequeño estaba frente a la posada, ojo avizor. Tras darle el premio convenido, Cedric se volvió hacia el edificio y entrecerró los ojos.

—Sigue ahí —aseguró.

Los tres compañeros tuvieron que esperar casi una hora más antes de que el inquisidor alzara de repente la cabeza. Ya era casi de noche.

—Se está moviendo —dijo apretando los dientes en un gesto de esfuerzo—. Ha salido de la habitación y...

—¿Qué? ¿Qué sucede? —preguntó Adler con tono apremiante.

—¡Ha saltado por una ventana de la parte de atrás!

Sin perder un instante, los tres echaron a correr.

—Nosotros le seguiremos. Tú quédate y registra la habitación —dijo Adler dirigiéndose a su hermano.

—¡De eso nada! ¡Voy con vosotros! —respondió Cedric resoplando para mantener el paso mientras su barriga se bamboleaba a un lado y a otro.

—Escúchame —gritó Adler antes de doblar la esquina y desaparecer de su vista —, puede que haya más. ¡Podrían eliminar lo poco que pudiéramos averiguar en la habitación!

La tarde ya había dado paso a la noche totalmente cuando dejaron de verlo. El hombre corría como si la vida le fuera en ello y, probablemente, así era. La Orden no solía ser benévola con los aliados de las brujas.

Adler y el árbitro lo habían perseguido a lo largo de varias callejuelas antes de salir de la ciudad y ver como se internaba en un bosquecillo cercano. Apretando los dientes, ambos se esforzaron por avanzar aún más rápido, saltando terraplenes y matorrales hasta verse envueltos por troncos antiguos y raíces traicioneras.

La oscuridad creciente hacía muy difícil perseguir a aquel hombre, pero ni el inquisidor ni el árbitro estaban faltos de recursos y, cuando lo perdían de vista, se ayudaban del oído o de otros sentidos menos convencionales.

Pronto estuvieron cubiertos de sudor y con la respiración agitada, pero también sentían que iban recortando la distancia que los separaba de él. La densidad del bosque hacía que la luz fuera menor en esa zona, pero en aquellos momentos ambos oían claramente los jadeos del enemigo. O eso creían.

De repente, salieron de entre los árboles para encontrarse con una garganta muy pronunciada que cortaba en dos el terreno y tuvieron que poner todo su esfuerzo en detenerse a tiempo, a punto de caer.

Los sonidos de la persecución habían desaparecido de pronto y no percibían más que el tímido rumor de los árboles o el sonido rasgado de alguna lechuza lejana. Sin embargo, frente a ellos, al otro lado del accidentado terreno, había una figura que se

mantenía erguida. Tras unos momentos de tensión, dio un paso hacia adelante y la luz de la luna iluminó el cuerpo de una mujer.

Llevaba un vestido largo y se abrigaba los hombros con un chal. Sus brazos, allí donde quedaban al descubierto, eran pálidos casi hasta el resplandor. Pero lo más curioso era que el rostro se ocultaba tras un velo que parecía demasiado tupido para ver a través de él. No obstante, parecía mantener la mirada fija en ellos de un modo inquietante.

Antes de que pudieran reaccionar, se dio media vuelta y se fue, caminando con pasos tranquilos.

Los dos compañeros estuvieron buscando durante más de una hora rastros que pudieran revelar hacia dónde se había marchado el hombre que habían perseguido o aquella misteriosa mujer, pero todo fue inútil. Ni siquiera encontraron huellas, aunque habría sido realmente meritorio que lo hicieran en medio de la noche.

Sin embargo, en cuanto salieron a un estrecho camino secundario, ya cerca de Santaela, el matraqueo de una humilde carroza los sorprendió. Dos jinetes la precedían iluminando la senda llena de baches con unos candiles.

No hizo falta que Adler dijera nada para que Abelard se situara junto a él en el centro del camino y les dieran el alto.

—¿Quiénes sois? —preguntó Adler mostrando el Símbolo que llevaba al cuello.

Uno de los dos jinetes se adelantó, mirándolos de arriba abajo con gesto extrañado.

—Tenéis mal aspecto, inquisidor. Cualquiera diría que habéis estado correteando por el bosque en plena noche.

—Te ha hecho una pregunta —dijo Abelard con un siseo, llevándose la mano a la espada.

El desconocido lo miró enarcando una ceja y chasqueó la lengua con desagrado.

Tenía una constitución fina y se adornaba con las ropas caras y estafalarias típicas de la nobleza de Louisant. Antes de responder, se acarició una perilla terminada en punta en la que destacaba un ridículo bigote pulcramente recortado sobre el labio superior.

—Ferdinand es mi nombre, nobles señores —dijo amagando una reverencia. Pese a que iba a caballo, la ejecución fue impecable—. Me alegro de que los caminos de la cuarta provincia estén tan bien guardados por la Orden.

—¿Quién va en la carroza? —preguntó Adler sin moverse de donde estaba.

—Me temo que no puedo contestaros a eso —respondió el otro, componiendo una exagerada expresión de pesar.

—Pero ¿con quién te piensas que estás hablando? —dijo Abelard a punto de desenvainar.

—No hay muchas personas en el Imperio que puedan oponerse a la voluntad de un inquisidor —dijo Adler con suavidad, deteniendo la mano de su compañero— o que se atrevan a intentarlo.

—La vida está llena de sorpresas —contestó Ferdinand, sonriendo con afectación.

—No alcanzo a comprender tamaña osadía —dijo Abelard en ese momento, avanzando directamente hacia la carroza—, pero no esperaré más.

La mano del jinete salió disparada de pronto y agarró la muñeca del árbitro con la convicción de una tenaza de hierro.

—Me temo que debo insistir —dijo sin abandonar la sonrisa.

Los dos hombres se miraron durante unos instantes y, justo cuando parecía que los aceros se iban a desenvainar, una voz se oyó desde el interior de la carroza.

—Suéltalo, hijo mío. No debe haber violencia entre aliados.

El brazo que asomó por la portezuela no podía pertenecer a un noble ordinario. Cualquiera de los anillos que llevaba valía más de lo que muchos hombres podrían juntar en toda una vida.

La túnica blanca presentaba unos bordados de gran complejidad en hilo dorado y verde que relumbraban a la luz de los candiles. Su misma voz tenía el aplomo de aquellos que están acostumbrados a tratar con los poderosos.

—Acercaos, inquisidor, y dejadme que os explique por qué os niegan mi nombre.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó Cedric por segunda vez—. ¿Acaso te has vuelto loco?

—No, hermano. Ni Abelard ni yo estamos locos. Ese hombre era el Embajador. Ni más ni menos.

—¿Es posible que el mayor representante de la fe de Thomenn, aquel por cuya boca habla directamente el Creador, estuviera en medio de un polvoriento camino de Selén?

—Es cierto —terció el árbitro—. Aunque parezca imposible de creer.

—Pero ¿qué demonios hacía allí?

—Va a bendecir un templo en una colina cerca de Tausá. Al parecer, encontraron un hueso que perteneció a Lám y quieren que repose allí, sobre suelo sagrado.

—Si cada vez que anuncian el descubrimiento de una nueva reliquia fuera verdad, tendríamos suficientes huesos como para construir otra Catedral —bufó Cedric ante la expresión escandalizada del árbitro—. Pero es extraño: siempre pensé que alguien así viajaría por caminos principales, rodeado de una columna de soldados y que una fanfarria anunciaría su llegada. ¿No le preguntasteis cuál era el motivo de que se desplazaría así?

—Lo hice —contestó Adler con paciencia—. Y la respuesta es simple: su Santidad considera que viajar de este modo es más rápido y discreto. En todo caso, no

son los asuntos del Embajador lo que nos ocupa en este momento. ¿Has descubierto algo?

—¡Por supuesto! Nada puede burlar mi escrutinio cuando investigo —contestó el gigantón con una sonrisa de suficiencia—. Una de las patas de la cama estaba perforada. En cierto modo, me recordó a la forma que teníamos de esconder los mensajes en la biblioteca del Monasterio —añadió con una risilla—. Allí encontré un mensaje y también esto —dijo mostrándoles un colgante con la forma de una corona de cuatro puntas.

—Sin duda es uno de los asaltantes que estamos buscando —murmuró Adler—. ¿Qué pone en la carta?

—A decir verdad, no lo sé —reconoció Cedric enseñándoles el manuscrito—. Son un montón de números y unas letras sueltas. No lo he podido descifrar.

—Son cantidades de dinero —dijo inmediatamente Abelard, para sorpresa de sus compañeros—. No entendías lo que quiere decir porque las cantidades están puestas en vertical, al modo en que trabajan los contables. Estas son las siglas con que se refieren a los emperadores de oro y estas a los de plata.

—Pero eso quiere decir... —comenzó Cedric.

—Que pretenden hacerse con —el árbitro miró el escrito un momento— al menos con cinco mil emperadores de oro.

—¿De dónde puede robarse una cantidad como esa? —preguntó Adler—. ¿Quizá de la casa de un noble?

—Tendría que tratarse de un barón, al menos, y no creo que, ni siquiera esta bruja, pueda tomar al asalto un castillo bien guardado.

—¿Entonces?

—La casa de recaudación —dijo Abelard tras unos instantes—. Estamos a mediados de octubre.

—Es la época en que se recoge el diezmo de invierno —dijo Cedric.

—Pero eso sucede en muchos puntos a lo largo de todo el Imperio. ¿A cuál de todas vamos?

—De momento no han atacado fuera de Seléin —murmuró Adler.

—Solo hay una casa de recaudación en la cuarta provincia que no esté en un castillo —contestó el árbitro con aplomo—. La villa de Hoces del Brujo.

Apenas unos minutos después, los tres hombres galopaban hacia el Sur, justo en la dirección hacia la que habían visto partir a aquella misteriosa mujer.

VI

—¡Cerrad las puertas! —gritó Adler nada más entrar—. Quiero veinte guardias en cada uno de los lados de la muralla. Hasta que diga lo contrario, estamos en alerta.

Hoces del Brujo era una ciudad mucho más pequeña que Santaela, pero se decía que, en tiempos de los primeros emperadores, había sido uno de los principales bastiones del Rey Brujo. Los restos de gárgolas y pináculos todavía podían apreciarse en unas murallas de planta estrictamente cuadrada que resistían sin dificultades el pasar de los siglos.

—Mi señores inquisidores, os saludo, sois ley. Os saludo a vos también, árbitro —dijo el tembloroso gobernador de la ciudad en cuanto entraron en la torre del homenaje—. Mi nombre es Pellian. ¿Puedo, humildemente, preguntar el porqué de esta alarma con que habéis llegado a nuestra población?

—Tenemos razones para sospechar que están a punto de tomar al asalto la ciudad —dijo Cedric dirigiéndose hacia un plato de fruta que había en la sala.

—¿Cómo? Pero, ¿por qué motivo? ¿Cuál es el enemigo que nos acecha, señor? —exclamó el hombrecillo con los ojos muy abiertos.

—La casa de recaudación —dijo Abelard—. Tenéis una en esta ciudad ¿no es cierto?

—Sí, en efecto. Hasta aquí llegan los diezmos de todas las poblaciones cercanas, pero nuestro barón siempre nos ha proporcionado muchos hombres para protegerla. Que nos atacaran sería algo casi impensable. ¿Acaso nos ha invadido Ágarot?

—¿Es posible que estos números se correspondan con las riquezas que tenéis ahora mismo en vuestras arcas? —preguntó Abelard, ignorando la pregunta mientras le mostraba el manuscrito que habían encontrado.

El gobernador tomó el papel y lo alejó de los ojos hasta conseguir enfocarlo correctamente.

—En efecto —dijo tras unos instantes—. Es posible que las cantidades hayan cambiado un poco desde el último recuento pero, en esencia, eso es lo que llevamos recaudado con el diezmo de invierno.

—Hermano, ve con él a la casa de recaudación —dijo señalando al gobernador—. Aseguraos de que no hay ningún desconocido dentro y apostad tantos guardias como sea necesario para que esté bien vigilada a todas horas. Si alguien hace algún gesto sospechoso, por nimio que sea, arrestadlo para que lo podemos interrogar.

—Bien —contestó Cedric cogiendo unos cuantos plátanos bajo el brazo—. En marcha, gobernador.

—Abelard, encárgate de supervisar a la guardia. Averigua con cuántos soldados contamos e informa a los mandos de la situación, pero no les des demasiados datos.

Yo iré a las murallas. Si pretenden tomar el dinero por la fuerza vamos a hacer que se lleven una buena sorpresa.

Adler permaneció en el adarve que había sobre la puerta principal de Hoces del Brujo hasta que el amanecer creció lo suficiente como para ser llamado mañana. Las nubes se cernían hasta donde alcanzaba la vista y era evidente que iban a descargar antes de que terminara la jornada.

No obstante, el peligro había pasado por el momento.

—¿Os marcháis? —preguntó el teniente que había estado junto a él, esperando órdenes, desde la madrugada.

—No atacarán de día —contestó él bajando hacia el patio de armas.

No tardó en reunirse con sus hermanos en un rincón apartado del comedor principal del cuartel de la guardia. Los soldados que llegaban de cubrir el turno de noche se sentaban tan apartados de ellos como era posible y comían rápido para marcharse cuanto antes.

—Todo parece estar controlado en la casa de recaudación —dijo Cedric, engullendo estofado frío como si fueran las tres de la tarde—. No había nada sospechoso. No faltaba ni un mísero cobre y los guardias parecían bastante serios.

—La guardia de la ciudad es competente —concedió Abelard—. Hemos establecido turnos de vigilancia intensivos y cancelado más de un pase de descanso, pero todo parece correcto. Es difícil que tomen este fortín.

—También a mí me lo parece —respondió Adler, sintiendo como el peso de los últimos días caía sobre él—. Ahora debemos descansar.

—Sí, lo más probable es que ataquen de noche.

—La lluvia comenzará antes de que se acabe la tarde —vaticinó Cedric.

—Razón de más para...

En ese momento los tres hombres alzaron la cabeza.

—¿Era eso el rastrillo?

—¡Pero si ordenamos expresamente que no se levantara! —gruñó Abelard poniéndose en pie.

Sin embargo, cuando los inquisidores ya iban a salir corriendo del comedor, se oyó de nuevo el sonido de la puerta, bloqueando de nuevo la entrada y un teniente de la guardia llegó corriendo.

—Mis señores, tienen visita.

—Dije que no quería que nadie entrara ni saliera por esas puertas —susurró Adler tratando de contener su enfado.

—Mi señor, no pudimos negarnos. Es uno de vuestros hermanos.

—Gerard —dijo Adler sin mucho entusiasmo cuando vio a su hermano—. ¿Qué demonios haces aquí?

—Solo estoy de paso, hermanos —dijo el recién llegado con una sonrisa ladina. Después miró con cierto desdén a Abelard—. Árbitro.

—Inquisidor, sois ley —contesto él inclinando respetuosamente la cabeza.

Hacía ya años que Gerard utilizaba colorantes para dotar a su pelo de un matiz castaño antinaturalmente intenso y brillante. Su nariz, recta y estrecha, hacía juego con unos labios finos y unos pómulos altos que, en conjunto, le conferían una ridícula sensación aristocrática. No había la menor imperfección en sus rasgos y lucía una piel suave y barbilampiña que solo podía obedecer al maquillaje.

—No os molestaré mucho tiempo, hermanos. Ya me han informado de que las cosas están calientes por aquí. —En sus muñecas tintinearono varias pulseras de oro macizo cuando se atusó el pelo—. Solo quería que me contaras de primera mano eso de lo que todo el mundo habla.

—¿A qué te refieres? —preguntó Adler tratando de contener la irritación.

Gerard resopló con sorna.

—Me refiero al desastre que has preparado con todo ese tema de Magdá. Incluso el Emperador está preocupado, y no es para menos.

—La situación se volvió difícil con ella.

—Claro, al fin y al cabo era una mujer poderosa y en la flor de la vida ¿no es cierto?

—Sabía algo que no le habían sacado ni con la tortura ni con la Penitencia Perpetua.

—Da igual —dijo Gerard haciendo un ostensible gesto de desdén—. El caso es que, por tu fallo, me han mandado a mí a capturar a otra bruja. Nadie parece saber mucho al respecto, pero se ha mostrado en un pueblecillo al este de las Colinas eternas.

—Lo siento mucho, hermano —resopló Cedric.

—¿Por qué dices eso? —preguntó Abelard—. Luchar contra las brujas debería ser un motivo de orgullo; una labor más que honorable.

—Lo dice, pequeño arbitrucho, porque combatir a las brujas es algo correcto, pero capturar a una viva es una tarea de esas que escuecen —dijo Gerard dedicándole su mirada de mayor desprecio.

Abelard soportó estoicamente la pulla, pero sus dos compañeros notaron como la referencia a su rango le dolía más que las palabras en sí. Pese a que el árbitro se mantuvo firme, sus ojos se enrojecieron y alguien que lo mirara con detenimiento podría haber visto que los puños estaban apretados bajo la mesa.

—Parece que Melquior está deseando empezar con ella cuanto antes esta vez —terció Adler.

—No lo sé —contestó Gerard mirando hacia otro lado y tratando de ocultar algo que, evidentemente, sí sabía—. Supongo que tiene que hacerla confesar, torturarla,

imponerle una Penitencia Perpetua... son muchos trámites, ya sabes.

—Sí —dijo Adler sin pestañear—. Ya sé.

Hubo unos momentos de incómodo silencio hasta que Gerard dio una palmada y se volvió para despedirse sin mirar atrás.

—Os deseo suerte en vuestra empresa. Parece que, de momento, os resulta más que necesaria.

—Adiós, inquisidor —dijo Abelard inclinando la cabeza y apretando los dientes.

—Imbécil —murmuró Cedric antes de que su hermano estuviera demasiado lejos.

Si lo oyó, Gerard no dio muestras de ello y, al poco, se volvió a escuchar cómo el rastrillo subía y luego bajaba.

—Menudo fanfarrón —dijo el más voluminoso de los tres.

—La tarea que le han encargado es más que ingrata, no obstante.

—No te culpes por ello —dijo Abelard—. La situación con Magdá no se descontroló por tu culpa. Alguien hizo muy mal su trabajo antes.

—Sea como fuere, hace un momento estábamos hablando de descansar. Tú vete a dormir —dijo Adler señalando al árbitro—. Nosotros nos organizaremos.

—Bien —respondió Abelard—. Nos veremos luego.

—¿Qué demonios es lo que le pasa con su rango? —dijo Cedric en cuanto salió por la puerta—. ¡Demonios, que a alguien lo nombren árbitro debería ser motivo de orgullo!

Adler se frotó la cara, recordando que estaba sumamente cansado. Los ojos le escocían por la falta de sueño y sentía su mente lenta e incapaz de razonar a pleno rendimiento.

—Ya sabes que nuestro hermano tiene unas creencias férreas —dijo al fin—. No deja de culparse por no haber completado la formación hasta ser uno de nosotros. Cree que ha decepcionado al Altísimo por su falta de fortaleza. Harías bien en no recordarle ese asunto.

—Sangre de bruja —murmuró Cedric—. Sí que somos complicados.

Tal y como Cedric había vaticinado, la lluvia comenzó a caer cuando ni siquiera serían las seis de la tarde.

Adler se levantó del catre desorientado y tardó unos instantes en recordar dónde estaba y qué hacía allí. En esos momentos, las arrugas de su cara se marcaban como si tuviera veinte años más e incluso sus ojos parecían mucho más apagados, como si fueran los de un anciano exhausto de tanto vivir.

Mientras intentaba llegar al comedor del cuartel, se dio cuenta de que estaba aún más cansado que cuando se acostó y notaba el cuerpo pesado y rígido.

Al llegar, un veterano sargento pareció apiadarse de su lamentable aspecto y le llevó un generoso trozo de bollo junto a una de esas infusiones oscuras a las que son

adictos los habitantes de Uruth. Adler le dio las gracias con toda sinceridad y se permitió unos momentos de descanso mientras la saboreaba.

Tras meter algo en el estómago, su ánimo pareció mejorar e incluso sintió que el dolor sordo de la cabeza disminuía.

Antes de salir, se echó por encima la pesada capa de viaje y se cubrió con la capucha. La lluvia caía monótonamente sobre un paisaje oscuro y triste. Los hombres permanecían firmes en la muralla, pero se los veía cansados y malhumorados.

Abelard y Cedric estaban ya en el mismo punto en el que él mismo había pasado casi toda la noche. Ambos conversaban tranquilamente al abrigo de un pequeño saliente, donde la lluvia no los alcanzaba del todo.

—Una tarde estupenda —dijo el más alto cuando lo vio llegar.

—Ya lo creo. ¿Alguna novedad?

—Ninguna —respondió Abelard—. Esperarán a que esté más oscuro para lanzarse al ataque, estoy convencido.

—Sin duda —concedió Adler.

De ese modo, los tres compañeros permanecieron en lo alto de la muralla, soportando la lluvia a la espera de que la bruja apareciera.

De vez en cuando, uno de ellos recorría el camino de ronda o se acercaba hasta la casa de recaudación para asegurarse de que todo estaba en orden. Sin embargo, no hubo sobresaltos y la situación se mantuvo en una tensa calma.

Con la noche llegaron realmente los nervios. Los soldados estaban inquietos y los inquisidores no dejaban de moverse. Todos sabían que, en cualquier momento, el enemigo se decidiría a atacar, pues no existían unas condiciones mejores para tomar la población y las brujas prefieren, al fin y al cabo, actuar cuando el sol no brilla.

El viento sopló con más fuerza y la lluvia dejó de ser una incomodidad para convertirse en un problema que dejaba a los hombres helados hasta los huesos.

Los soldados se apiñaban en las fortificaciones que delimitaban cada lienzo de la muralla, o en los escasos salientes en que podían protegerse del agua. También encendieron fuegos allí donde quedaba un brasero o una chimenea seca, pero ni así lograban calentarse del todo. El miedo los tenía atenazados.

Sin embargo, con el paso de las horas, el miedo y los nervios se fueron convirtiendo en incomprensión y desconcierto. Estuvieron esperando hasta que el amanecer comenzó a insinuarse en el Este. Entonces, de repente, Abelard dio una patada a una puerta y comenzó a mascullar.

—¿Cómo he podido ser tan estúpido? —dijo conteniendo a duras penas el tono su voz—. ¡Nos han engañado!

—¿Qué quieres decir? —preguntó Cedric, sorprendido por sus maneras.

—¡Que no van a atacar!

—¿Cómo puedes saber eso? —dijo Adler intentando no perder la calma—. Todo apuntaba a que atacarían aquí.

—Sí, demonios de Gillean, ¡sí! Todas las pistas conducían hasta este lugar —farfulló el árbitro sacando el manuscrito que habían encontrado—. ¡Pero eran falsas!

—El gobernador confirmó que los números era reales —apuntó Cedric.

—Mirad —contestó Abelard señalando el papel—. Este es el sistema contable que se suele utilizar en Louisant. Al principio no le di importancia, porque tanto este como el de Seléin están muy extendidos. Pero luego comencé a pensar que era extraño. ¿De dónde pensáis que proviene la bruja?

—De Seléin —contestó Cedric.

—Y, ¿dónde está la población a la que se refieren estos números?

—En Seléin.

—Abelard —dijo entonces Adler—, eso no prueba nada. Puede que la persona que ha escrito esto sea de Louisant, o que haya estudiado allí o que, simplemente, se maneje mejor con ese sistema.

—No es que utilice el sistema de la segunda provincia —dijo entonces el árbitro con los ojos muy abiertos y un cierto matiz de histeria en la voz—. ¡Es que esto podría haberlo escrito yo mismo!

Sus dos compañeros dieron un respingo y lo miraron estupefactos.

—Vamos a un sitio discreto. Será mejor que te expliques cuanto antes —dijo Adler con una voz en la que ya no podía pasar desapercibida la urgencia.

—Este es el método que estudié cuando estuve tutelado durante un año por el árbitro Dieter en Rockenwert —dijo Abelard en cuanto se alejaron unos pasos de los soldados, que ya los miraban con suspicacia.

—Entonces no es extraño que nos lo encontremos, si hasta en la capital de Rock-Talhé es común.

El árbitro no hizo caso a Cedric y siguió hablando.

—A menudo, nuestras acciones nos llevaban a investigar a los comerciantes de la ciudad, por lo que estábamos acostumbrados a tratar con este tipo de documentos. Dieter insistía en era prioritario que aprendiera a interpretar estos datos, por lo que me obligaba a hacer informes económicos casi siempre que interveníamos. —El árbitro les señaló una pequeña línea que agrupaba los datos del manuscrito cada vez que había tres ceros seguidos—. Pero, ¿veis este símbolo? No es ninguna anotación contable. ¡Es una marca que me inventé yo para realizar más rápido las operaciones! ¡Incluso tiene las mismas curvaturas en los extremos que dibujaba yo!

—¿Estás diciendo que, de algún modo, la bruja ha averiguado eso y lo ha usado para tendernos una trampa? —preguntó Cedric.

—¡Estoy diciendo que ha podido ver dentro de mí cosas que sucedieron hace años! Incluso supo las cantidades que guardan en la casa de recaudación de Hoces del Brujo, recordad que estos números era correctos. Son demasiados datos como para haberlos robado.

—Y, si además puede ver el futuro, sin duda percibió que encontraríamos este pergamino —murmuró Adler.

—Sabía que escondíamos así los mensajes en el Monasterio, en la pata de aquella mesa. Incluso me hizo creer que había descubierto a uno de sus hombres —Cedric estaba conmocionado.

—Y también que yo descifraría el manuscrito.

—Nos ha ridiculizado —murmuró el más alto de los tres.

—Eso no es lo que importa ahora —dijo Abelard—. ¿Cómo es posible que supiera tanto de nosotros?

—La pregunta no es esa —contestó Adler, apretando los puños—. La cuestión es por qué nos quería aquí.

—Para que no estuviéramos en otro lado —respondió el árbitro, con sencillez.

—Pero ¿qué puede haber más precioso que robar los cinco mil emperadores de oro que guardan aquí? —preguntó Cedric.

—Hacerse con algo de mayor valor. O más sencillo de conseguir —dijo Adler echando a correr escaleras abajo—. O ambas cosas.

—¡El Embajador! —gritó Cedric.

VII

Los tres hombres galoparon como si el mismísimo Gillean fuera el que azuzara a los caballos. Casi por arte de magia, el sueño y el cansancio había desaparecido y solo la posibilidad de no ser capaces de impedir un desastre ocupaba sus pensamientos.

Cabalgaron durante todo el día hasta alcanzar Tausá pero, cuando el delegado del pueblo los llevó hasta el templo que el Embajador había ido a bendecir, ya era demasiado tarde.

En la ermita todos estaban muertos. La sangre teñía de rojo el suelo y había salpicaduras por las paredes. El hedor resultaba sofocante.

Había doce cuerpos que pertenecían a los sacerdotes que oficiaban los ritos y también algunos campesinos. Algo más allá vieron también varios cadáveres que llevaban ropajes oscuros y embozo, como aquellos que el coronel Ricard había descrito. Por el suelo estaban desparramados varios cálices de oro y Símbolos con engastes.

—Ni siquiera se han llevado las joyas —murmuró Abelard apretando los puños—. Solo querían sangre.

—El Embajador no está aquí —dijo Cedric tratando de contener la rabia.

Adler tampoco encontró a aquel presuntuoso guardaespaldas que lo acompañaba, aunque descubrieron los restos de varios soldados que vestían como el jinete que lo acompañaba aquella noche.

—¿Cuándo sucedió esto? —preguntó al tembloroso anciano que los había llevado hasta allí.

El hombrecillo, delgado y vestido con los ropajes remendados de un campesino, tenía las manos en la cabeza y los ojos muy abiertos. Tuvo que tragar saliva varias veces antes de poder contestar.

—Uno de los vecinos oyó decir a su Santidad que el rito tardaría tiempo en realizarse y que no quería ser molestado una vez comenzara. Por lo que decían, se tomó la noche para descansar antes de empezar hoy, con el amanecer.

—Seguramente nos llevan unas cuantas horas —dijo Cedric—. Eso si no le han...

—¡Si nada! —dijo Adler, tajante, con una violencia en la voz que casi nadie le conocía—. ¡Tanto si ha sucedido lo que nadie quiere como si no, los encontraremos y les daremos muerte! ¿Alguien vio adónde se los llevaban? —preguntó al delegado.

—No, mi señor, nadie vio nada sospechoso —respondió este temblando más aún.

—La lluvia dificultará la búsqueda —intervino Cedric en voz baja para que el anciano no le escuchara—. Y, si a eso le sumamos el don que posee la bruja, las cosas se nos pueden poner francamente complicadas.

Adler se mordió los labios con frustración, sintiendo cómo la impotencia le carcomía por dentro.

—Tenemos que intentar seguir su rastro, no queda otra solución —dijo Abelard—. Pero debemos partir ya; cuanto más tiempo pase, más difícil será.

—Me temo que no podéis hacer eso —dijo una voz al otro lado de la ermita.

El guardaespaldas del embajador se encontraba en la puerta, aunque ninguno lo había oído llegar. Tenía sus lujosas ropas destrozadas y cojeaba por una herida en la pierna, pero no había abandonado esa extraña sonrisa.

—Lo sabéis ¿verdad, inquisidor? —dijo acercándose lentamente, con la mirada fija en Adler—. No podréis con un enemigo tan poderoso que, a la vez, se rodea de tantos hombres. Lo habéis visto aquí: hay muchas huellas distintas, son demasiados. No hace falta que calculéis —dijo dirigiéndose a Abelard—. Yo os lo diré: ahora mismo tiene sesenta y tres hombres con ella.

Los tres compañeros lo miraban amenazadoramente, pero fue Adler quien preguntó lo que todos pensaban.

—¿Cómo es posible que tú sobrevivieras a esta carnicería?

—¿Parece que haya estado de fiesta, acaso? —contestó él, agachándose para cerrar los ojos del jinete que había estado a su lado cuando lo encontraron.

Después, se quitó la chaquetilla de terciopelo y se remangó la camisa que llevaba debajo. En algún momento, la prenda había sido de una suave seda blanca pero, en aquellos instantes, eso ya no era más que un recuerdo. Él mismo tenía cortes y sangre por todo el cuerpo, aunque daba la impresión de que la mayoría no era suya.

—Si estás aquí es porque abandonaste a tu protegido —señaló Abelard.

—Sí, así es. Tras matar a unos cuantos y ver que querían a su Santidad con vida, preferí huir y encontrar ayuda.

—¿Cómo sabemos que no estás con ellos? —preguntó Cedric, acercándose amenazadoramente a él.

—No se me ocurre ninguna manera de demostrarlo fehacientemente —contestó él—, pero más nos vale que no sea así, porque si el Embajador muere, vosotros tendréis que explicar una terrible derrota y yo perderé mi trabajo. Y mis vicios son caros. Sinceramente, no sé quién de todos perdería más.

—Tienes la lengua muy ágil —dijo Abelard sin retirar la mano de la empuñadura.

—Gracias, mi señor; las mujeres suelen decir lo mismo.

—Ferdinand, si mal no recuerdo —dijo Adler poniendo una mano sobre el pecho de Abelard para impedir que cargara contra él—. Creo que debes entender que no estás en una posición envidiable ahora mismo.

El aludido lo miró fijamente y, por fin, la sonrisa se borró de sus labios.

—Hui en medio del combate en cuanto me di cuenta de que no había nada que hacer. Entraron más de veinte hombres, seguidos por una mujer que llevaba un velo oscuro sobre el rostro. Comenzaron a masacrar a los sacerdotes que intentaron interponerse y no dudaron en enfrentar nuestras espadas —dijo señalando a su compañero caído—. Luchamos y matamos hasta que varios de ellos alcanzaron al Embajador y lo maniataron. Entonces, la mujer miró directamente hacia nosotros y

mi compañero cayó gritando, con los ojos llorando sangre. Tras eso, y a punto de vaciarme encima como un bebé, salté atravesando aquella vidriera y corrí tan rápido como pude, sintiendo tras de mí el aliento de esa bruja.

Los tres compañeros tomaron se miraron entre ellos.

—¿Viste algo que nos pueda ayudar? —preguntó Adler finalmente.

El guardaespaldas cogió la espada de su compañero y dio un par de tajos con ella, evaluándola. Después la guardó en el cinturón, junto a la suya.

—Mi señor inquisidor, he dicho que hui, no que olvidara mis deberes. Tras escapar de ellos, volví para seguirlos —explicó con una sonrisa. Sé exactamente dónde están.

—Mi señor, me temo que no acabo de entender por qué volvemos al pueblo. El guardaespaldas ha dicho que se fueron hacia el oeste —decía en esos momentos el delegado de Tausá, corriendo para mantener el paso del caballo de Adler.

—Ya os lo he explicado —dijo Adler, sin mirarle—. No podemos hacer esto solos y la situación requiere una intervención directa.

—Pero, mi señor —dijo el delegado estrujando su sombrero de tela entre las manos—. No somos más que campesinos. No hemos empuñado las armas jamás.

—Pues hoy lo haréis —dijo Adler con un tono que no admitía réplica.

—Señor —dijo el anciano, dirigiéndose a él de nuevo.

—¿Qué quieres? —preguntó Adler sin molestarse en disimular su irritación.

—Si mis vecinos van a ir a luchar por el Imperio yo, que soy su delegado, he de acompañarles.

El inquisidor lo miró un momento y luego asintió.

—Así sea. ¡Qué salgan todos los hombres de entre catorce y cuarenta años! —gritó entonces.

Poco a poco, una muchedumbre se fue congregando frente a ellos, cabizbajos y con temor en la mirada. A lo lejos, comenzaron a sonar unos truenos que precedían de nuevo a la lluvia.

—¿Falta alguien? —preguntó entonces Cedric, dirigiéndose al delegado—. Será mejor que no mintáis, creedme.

El anciano miró a su alrededor y notó como la mandíbula le temblaba. Sin embargo, trató de no mostrar otra cosa que decisión ante sus vecinos.

—No, mi señor. Los demás son demasiado viejos o jóvenes.

—¡Martillos, arcos, hoces y hachas si no tenéis nada mejor a mano! —gritó entonces Adler—. Coged una horca o un simple garrote, pero no vayáis desarmados. Si tenéis un buen cuchillo ponéoslo a la cintura, pero solo si podéis enfundarlo. No quiero que os lo clavéis en el vientre durante la refriega. Poneos las prendas de piel que tengáis, nunca os darán mejor servicio que hoy. Si no, lana gruesa y tejido basto

que no os impidan los movimientos. No cojáis provisiones. Sea como sea, todo acabará pronto.

Las gentes lo miraban con los ojos muy abiertos y más de uno temblaba claramente.

—Muchos de esos muchachos ni siquiera habrán conocido mujer todavía —susurró Cedric junto a él—. Y algunos de los mayores tienen tantos dientes como un bebé. Mal ejército llevamos a la batalla.

—Tendrá que servir —contestó Adler apretando los labios hasta dejarlos blancos al darse cuenta de que ni siquiera sumaban tres docenas.

—Sí, tendrá que servir. Solo espero que no los llevemos directamente a la muerte. Recuerdas los poderes que esa bruja parece dominar, ¿verdad?

—El emperador nos guarda, pero más nos vale también que esos poderes tengan límites —masculló Adler.

El inquisidor estaba a punto de volverse de nuevo hacia los aldeanos cuando Abelard le puso una mano en el hombro.

—Adler, déjame a mí —dijo el árbitro apartándolo suavemente—. Creo que esto es una de las pocas cosas que se me dan mejor que a ti.

—Bien —contestó él, frunciendo el entrecejo.

El árbitro alzó la cabeza y se puso de pie sobre los estribos. Su rostro adoptó una expresión llena de fervor y valentía.

—¡Amigos! —dijo con una voz clara y potente en la que no había dudas ni debilidad—. ¡Nuestro querido Embajador ha sido capturado y no le espera otro destino que la muerte si no hacemos algo para evitarlo! ¡Hoy tenéis la posibilidad de salvar al elegido del Creador, el que habla en su nombre! Hacedlo y ganaréis gloria y el reconocimiento del mismísimo Thomenn. Mostrad la valentía de que hacemos gala en el Imperio. ¡Miremos juntos al mismo rostro de la maldad y riámonos de él! ¡Id a empuñar vuestras armas y partamos sin demora para demostrar a esos malnacidos de qué pasta estamos hechos!

Abelard continuó arengándolos hasta que algunos de los presentes comenzaron a corear sus palabras o asentir con la cabeza; otros se mantuvieron en silencio, pero con un brillo en los ojos; muchos, no obstante, no mostraban más que temor.

—Muy bonito. No sé si servirá de algo —dijo Cedric, claramente impresionado—, pero, desde luego es mucho mejor que lo que había improvisado nuestro alegre compañero.

Adler gruñó una respuesta y comenzó a preparar su equipo.

Algunos tenían una espada. Probablemente era de algún familiar ya muerto y nunca la habían empuñado antes, pero también había tres hombres, ya mayores, que habían pertenecido unos años a la milicia de la baronía.

Los más afortunados llevaban cascos o, al menos, un sencillo capacete de cuero, pero la mayoría no había tomado más que alguna herramienta. Había bastantes hachas de leñador y algún buen martillo de herrero. Incluso una guadaña destacaba entre la muchedumbre.

—Van a morir la mayoría —susurró Abelard—. Me siento asqueado conmigo mismo.

—Me encantaría oír otras opciones —contestó Adler apretando los dientes.

—No digo que no haya que hacerlo, solo que no me causa el menor placer llevar a todos estos hombres a una incierta batalla.

—Luchemos nosotros con una ración doble de bravura y así tendrán que morir menos de ellos —dijo Ferdinand, colocándose junto a él con una sonrisa satisfecha.

Los tres compañeros lo miraron dubitativos, pero ninguno replicó y continuaron al paso, liderando a los hombres en dirección oeste, ya en medio de la noche.

—Hermano —dijo Adler dirigiéndose a Cedric en cuanto Ferdinand les avisó de que ya estaban cerca—. Guía a los campesinos a prudente distancia de nosotros.

—Adler, no puedes dejarme...

—No es momento para discutir —dijo él, interrumpiéndole—. El tiempo apremia y podrían echarlo todo a perder si se precipitan. Guíalos cuando llegue el momento.

Cedric apretó los dientes, pero asintió.

Poco después, el inquisidor mandó parar a su hermano y desmontó para subir a una pequeña colina junto al guardaespaldas, con el cuerpo pegado al suelo.

No hizo falta que el hombre le señalara la hoguera que había algo más allá, en medio de una pequeña depresión del terreno.

La bruja alzaba los brazos una y otra vez, pronunciando unas palabras que no alcanzaban a oír. Su rostro seguía oculto. Se dirigía, con extraños ademanes, tanto al Embajador, que estaba atado a un monolito de piedra clara, como a una corona que sostenía arrodillado uno de sus hombres. El metal con que la habían forjado era oscuro y parecía vieja y mellada en sus cuatro puntas, incluso casi afilada desde esa distancia.

Ferdinand y Adler cruzaron unas pocas palabras. Después, todo sucedió muy deprisa.

Únicamente unos reflejos que no podían ser fruto de la naturaleza permitieron que el primer proyectil que surcó la noche apenas rozara a la bruja. La mujer dio un bandazo aparentemente involuntario y salió del trance en que había estado absorta hasta ese momento.

Otro virote, sin embargo, llegó un poco más lejos y atravesó el pecho del que sujetaba la corona, que rodó por el suelo.

En ese momento, Adler y Abelard cargaron al galope desde el extremo más cercano al Embajador, mientras que Cedric lo hacía, seguido por su improvisado

ejército, desde el lado contrario.

Todavía hubo un momento de confusión, en el que Ferdinand disparó un par de veces más desde lo alto, antes de que la bruja lograra hacerse con la corona. En ese momento, todos los enemigos parecieron organizarse sin que mediara voz alguna y se aprestaron al combate.

Solo Adler y su compañero lograron la suficiente sorpresa como para cobrarse varias vidas antes de comenzar a luchar realmente. Al otro lado, en cambio, la situación se complicó con rapidez.

Cedric llegó un poco antes que sus hombres hasta el enemigo e hizo estragos con una enorme maza hasta que alguien acertó a clavar un estoque en el cuello de su animal y lo descabalgó. No obstante, el primero que intentó aprovecharse de su caída fue derribado varios metros más allá con el cráneo reducido a pulpa.

Justo entonces llegaron los aldeanos, gritando con bravura para ahogar el miedo que sentían.

Una espada atravesó la garganta de un muchacho que había cumplido quince años esa misma semana. Su propio padre clavó el hacha con que se ganaba la vida en la cabeza de su verdugo y, luego, en el pecho del hombre que acababa de atravesarle el vientre. Después cayó cerca de su hijo.

Uno de los veteranos que habían luchado con las tropas del barón recibió un golpe en su viejo casco y trastabilló hacia atrás, afortunadamente ileso. Entonces localizó a su agresor, que acababa de quedar trabado en combate con el muchacho que había pedido la mano de su hija. Cuando intentó atravesarle, aprovechando que le daba la espalda, el hombre se echó a un lado, rodando, pese a que no había podido verle.

Adler y Abelard también se dieron cuenta pronto de que algo no iba bien. Hacían valer sus monturas, que coceaban y mordían, entrenadas como estaban por los maestros de cuabras de la Orden, pero, aun así, apenas conseguían resultados. Casi todos los golpes que lanzaban eran esquivados en el último momento o bloqueados por otro hombre. En cambio, si ellos dejaban desprotegido un flanco, rápidamente los hostigaban por él, o intentaban ganarles la espalda si centraban demasiado sus golpes en un objetivo.

—¡La bruja! —gritó Adler jadeando por el esfuerzo—. ¡Hay que llegar hasta ella!

La mujer mantenía la cabeza inclinada sobre el pecho, como si dormitara, pero de vez en cuando su cuerpo se movía en espasmos, siguiendo los flujos de la batalla.

Cedric, con mirada torva, reunió todas sus fuerzas y se lanzó hacia adelante, apartando a sus enemigos con poderosos golpes que hirieron incluso a los que consiguieron bloquearlos. Los aldeanos, inspirados por su coraje y una suerte de energía que no acababan de comprender, lo siguieron entre gritos, golpeando lo mismo con hachas que con martillos.

En ese instante, Ferdinand llegó hasta la refriega, lanzando en tromba a su caballo. El guardaespaldas, que se había puesto de pie sobre la silla, saltó en el último

momento, dando una voltereta para caer junto al Embajador. Sus dos espadas comenzaron a dispensar muerte con una destreza que en nada desmerecía a la de los enviados de la Orden.

Su impresionante entrada hizo que, rápidamente, varios de los hombres que intentaban retener al más fuerte de los inquisidores, se volvieran hacia él.

Cedric, aprovechando al máximo el momento de respiro, reorganizó a los aldeanos junto a él y avanzó directamente hacia la bruja. Cuando apenas estaba a diez metros de ella, paró una espada con su arma y agarró del cuello a un hombre que pretendía atacarle desde atrás. Los campesinos más cercanos oyeron un feo chasquido cuando el inquisidor apretó su presa.

En cuanto consiguió desembarazarse del enemigo que lo ocupaba, Cedric se retiró un par de pasos y tomó impulso. Entonces lanzó el cadáver que tenía en la mano contra la bruja.

El golpe provocó un extraño eco que se sintió, más que oírse, y los enemigos jadearon conmocionados durante un instante. Puede que solo fuera un segundo pero, en medio de la batalla, supuso poco menos que una eternidad. Durante esa breve chispa de tiempo cayeron casi una docena de enemigos sin poder defenderse siquiera. Los que quedaban, además, dejaron de luchar con la sincronía anterior y el pánico hizo presa en más de uno.

La bruja, viendo que la situación cambiaba drásticamente, se levantó del suelo, tomó la corona y salió corriendo.

—¡Ve a por ella! —gritó Abelard a Cedric—. ¡Si escapa todo esto no habrá servido para nada!

El gigantón asintió, repartió un par de indicaciones a los campesinos y se marchó trotando pesadamente.

El árbitro luchaba en esos momentos junto a Adler, espalda contra espalda, e intentaban protegerse del cuantioso grupo de enemigos que los habían rodeado. Ambos tenían varias heridas que les manchaban la ropa de sangre y sus golpes no eran ya tan rápidos como antes.

Ferdinand llegó entonces hasta ellos y atacó desde atrás, decapitando a un hombre y atravesando a otro sin que este llegara a ver a su verdugo.

—¡Saludos, amigos! —dijo bloqueando las armas que se volvieron hacia él—. Me alegra encontrarme con vosotros en esta preciosa noche.

—Y yo me alegro de no haber tenido que batirme contra ti el otro día —contestó Abelard con una sonrisa, situándose junto a él—. He de reconocer que sabes manejar la espada.

—Deberíais verme con el laúd —contestó él.

—¿Podéis ocuparos de esto solos? —preguntó entonces Adler, abriendo en canal a uno de los enemigos—. Debemos impedir que la bruja escape.

—Ve y ayuda a Cedric —contestó Abelard—. El Embajador está a salvo y acabaremos pronto con los que quedan.

Adler paseó un momento la vista por el campo de batalla y coincidió en que, en efecto, la lucha solo podía tener ya un final. Entonces salió corriendo en pos de su hermano.

Adler se movió rápido en medio de la oscuridad, sintiendo como, a través del dosel de los árboles que le cubrían, la lluvia volvía a caer con fuerza. Los truenos que antes la habían anunciado, estaban en ese momento sobre él, haciendo que sus tripas se estremecieran con cada nuevo retumbe.

No tardó en localizar a su hermano. Estaba en un claro, con la rodilla en tierra. La bruja gritaba, frente a él, y Cedric parecía sufrir como si, de algún modo, le estuviera hiriendo físicamente con su voz.

Adler rodeó el claro con todo el sigilo que pudo hasta situarse a la espalda de la mujer.

—¡Ella todavía sufre por tu ineptitud! —gritó la bruja, atacando al inquisidor lo mismo con las palabras que con la Voluntad—. No solo no pudiste salvarla, sino que la condenaste con tu lujuria.

—No, yo no... —balbució el inquisidor, tapándose los oídos y llorando amargamente—. Yo la quería. ¡La amaba desde lo más profundo!

—¡Mentiras! —gritó la bruja, y Cedric se sacudió como si lo hubieran zarandeado varios hombres a la vez—. ¡Solo buscabas tu disfrute carnal! ¡No te importó que ella muriera cocida viva!

En ese momento, Adler alzó la espada y cargó contra ella sin emitir el más mínimo sonido.

—¿Y tú? —dijo inmediatamente la bruja, girándose hacia él y señalándolo con la corona del Rey Brujo que todavía llevaba en la mano—. ¿Acaso crees que por asesinar a aquella anciana puedes enfrentarte a mí?

La tela con que la mujer ocultaba su rostro se agitó y Adler trastabilló hasta caer al suelo.

—Te dices a ti mismo que eres recto y firme en tus convicciones. Vives una vida gris y matas sin preguntar cuando te lo ordenan porque no soportas la duda —dijo la mujer con una voz que provocaba el mismo miedo cerval que el siseo de una serpiente cuando no hay luz—. Te aterra la incertidumbre que sientes. Amas lo imposible y lo único que te da fuerzas cada noche para evitar la locura es convencerte de que lo que haces tiene sentido. Sabes que el Imperio es una manzana pútrida y llena de gusanos que la devoran poco a poco, pero sigues adelante. ¡Cobarde! ¡Hipócrita!

Adler sentía que las palabras de la bruja lo herían de un modo físico, hasta el punto de que, en cualquier momento, le harían sangrar. Solo la férrea resistencia que le mostraba con su propia Voluntad parecía impedir que así fuera. Sin embargo, por más que intentaba luchar, sentía que ese terrible poder iba sobrepasando

inexorablemente su aguante. Era cuestión de tiempo que sus fuerzas se agotaran y la mujer acabara con él.

Pero en ese momento, un grito rasgó la noche y Abelard se abalanzó sobre ella desde el margen del bosque que tenía detrás. La espada, que debía de haber hendido directamente el corazón, se clavó, en cambio, en el hombro gracias a esos reflejos imposibles que ya había mostrado la bruja.

—¡Tú! —le gritó la mujer llevándose una mano a la herida—. ¡Tú, que rezas al Creador a todas horas implorando un perdón que no llegará! ¿Tú te atreves a atacarme? ¡Thomenn se ríe a diario de tu miseria, insignificante hombrecillo! ¡Árbitro fracasado! ¡Cruel parodia de inquisidor!

—¡No! —gritó Abelard, levantándose con un destello de pura Voluntad—. ¡El Salvador nos ama y me ha enviado aquí para acabar contigo!

—Estás equivocado —contestó ella en un siseo mientras avanzaba hacia él—. El Salvador odia todo lo que lleva la infecta marca de tu Emperador. Pero hoy tendrá que odiar a unos cuantos menos —añadió clavándole una de las puntas de la corona en el vientre.

El árbitro boqueó y unas diminutas gotillas de sangre salieron despedidas de su boca. Sin embargo, de algún modo, logró sacar fuerzas para agarrar a la bruja del hombro y apretar allí donde la había herido.

Un grito de dolor surgió de su garganta y la tela comenzó a teñirse de rojo.

—¡No puedes resistirte a mí! ¡Te mataré! —gritó ella clavándole de nuevo la corona.

—Sé que voy a morir —dijo Abelard enseñándole los dientes, muy cerca de su cara—. Pero te llevaré conmigo para que el Creador te juzgue.

El árbitro cayó pesadamente justo cuando la espada de Adler atravesaba el pecho de la bruja.

La mujer miró el palmo de acero que le sobresalía de entre las costillas y abrió mucho los ojos. Por un instante, toda la tensión se disipó e incluso la mueca que formaban sus dientes apretados se relajó. Un silencio antinatural se adueñó del claro e incluso el viento se detuvo, dubitativo.

La bruja miró entonces hacia el Norte y después hacia el Sur. Sus brazos se abrieron en un gesto de dicha y dejó caer la corona.

Entonces comenzó a reírse.

No era, sin embargo, la risa malvada que hubieran esperado, sino aquella con la que alguien expresara una sincera y sana felicidad.

—¡Has sido tú! —exclamó cayendo de rodillas—. Bendito Salvador, ¡tú has hecho todo esto! Oh, santa Lysanna, ¿cómo agradecer tanto honor?

Lentamente, su cuerpo se inclinó hacia adelante hasta llegar al suelo y la espada se desencajó en medio de un torrente escarlata.

Adler se agachó entonces sobre Abelard para incorporarlo suavemente.

—Hemos vencido —musitó el árbitro.

—Sí, hemos vencido y el Embajador está a salvo. Gracias a ti.

El árbitro intentó reír, pero comenzó a toser hasta que sus labios se mancharon de sangre.

—No he hecho más que estorbaros.

—No, Abelard. Aunque lo he sentido siempre, hoy más que nunca tengo que decirte que estoy orgulloso de ti. *Hermano*. —Adler se arrancó el Símbolo del cuello y se lo puso sobre el pecho—. No eres menos inquisidor que ninguno de nosotros.

Abelard abrió mucho los ojos e intentó contestar, pero ya no pudo. Cuando expiró, sin embargo, lo hizo en paz y con una sonrisa.

Cedric llegó hasta ellos y puso una mano sobre el hombro de Adler. Ambos permanecieron junto a su hermano largos minutos.

Cuando se levantaron y se volvieron hacia la bruja, se dieron cuenta de que el velo se había apartado en su caída. La mujer todavía miraba al sur con una sonrisa desquiciada. Adler vio con un escalofrío que tenía un ojo pintado sobre la frente. Mientras lo miraba, el ojo se giró súbitamente hacia él. Luego quedó quieto para siempre.

El anciano, milagrosamente, estaba vivo y sin un rasguño. En sus manos sostenía una hoz manchada de sangre.

—Escribiré un libro, inquisidor —le dijo cuando llegó hasta él—. Escribiré un libro y contaré todo lo que ha pasado aquí.

El hombrecillo tenía los ojos muy abiertos y el horror que contemplaba parecía demasiado grande como para que pudiera soportarlo.

—Bien, pero decid que triunfamos gracias a los hombres de vuestro pueblo. La bruja nos enfrentó a los tres y se cobró la vida de uno de mis hermanos antes de acabar con ella. No lo habríamos logrado sin vosotros.

Adler se giró lentamente y contempló el resultado de la lucha. Algunos de los aldeanos lloraban, ocultando el rostro entre las manos; otros permanecían en silencio, con la vista perdida en algún punto muy lejano. Tampoco faltaban los que revolvían en los bolsillos de los enemigos, esperando encontrar algún tesoro que compensara aquel horror. Los demás, la mayoría, no volverían para ver a los suyos.

Un poco más allá, Ferdinand atendía los raspones que el Embajador tenía en las muñecas, pese a que él mismo sangraba por varios cortes.

Cedric, a salvo de miradas indiscretas, lloraba quedamente entre unos árboles. A su lado había un cuerpo que habían tapado con una capa.

VIII

Una pareja de guardias pretorianos le franqueó la entrada al salón del trono. Sus armaduras estaban libres de adornos, con el metal liso y desnudo a la vista. Sin embargo, la espada dorada se veía claramente en los petos y los yelmos tenían su característico penacho, del mismo color.

El lugar donde se lo esperaba era una de las maravillas que Hÿnos ocultaba a casi todos sus visitantes. El techo se elevaba a tanta altura que apenas se podían percibir los ornamentos que los arcos trazaban entre ellos, pero había unos espacios libres de artificio que se habían cubierto con placas doradas de tal suerte que, al mirar desde abajo, dibujaban la forma de la espada imperial.

A lo largo de la sala se alzaban gigantescos pilares de forma humana que cargaban con el techo y la bóveda central sobre sus hombros o espaldas inclinadas.

Adler se dirigió hacia el trono caminando con paso decidido entre la multitud que esperaba su llegada. Cuanto más se iba acercando a su Señor, más gente había y comenzó a distinguir a algunos conocidos.

Jhaunan destacaba, algo apartado de casi todo el mundo, y no le dirigió más que un sencillo asentimiento de cabeza cuando pasó a su lado. Había también otros hermanos de la Orden y algunos árbitros, pero Adler pensó que ni Abelard ni Cedric estaban junto a él y ninguno los podría reemplazar jamás.

En cuanto a los nobles y cortesanos que le dedicaban elegantes reverencias y expresiones de admiración, ni siquiera los miró.

Al fondo, elevado del suelo sobre una tarima, se alzaba el trono. El respaldo, que culminaba con la forma de La Hoja de Roble, era tan alto que resultaba visible desde las mismas puertas de entrada al salón.

Detrás de él, una vidriera de varios metros de altura mostraba al Primer Emperador acabando con el suplicio de Thomenn, mientras las lágrimas caían por su rostro.

En cuanto llegó a unos metros de la tarima, Adler bajó la vista y se arrodilló.

—Levántate, hijo mío —dijo el Emperador, regalándole la inconmensurable belleza de su mirada—. Hoy, más que nunca, llevas en ti el orgullo y el agradecimiento que todos sentimos por la Orden.

La voz arrancó ecos a las altas paredes, y los emperadores y los héroes del pasado observaron desde las alturas. El Embajador, sentado a la derecha del trono asintió, con beatífica sonrisa. No lejos de él, Ferdinand, que había sido nombrado Caballero imperial, sonreía ampliamente, vestido con ropas aún más extravagantes que cuando lo conoció.

—Solo tu intervención ha logrado frustrar los planes de nuestros peores enemigos. Tienes el agradecimiento de todo el Imperio —dijo entonces el Emperador,

bajando de la tarima en un infrecuente gesto de reconocimiento—. Yo estoy agradecido —añadió poniendo una mano sobre su hombro.

Adler agachó la mirada, pues la magnificencia del hombre que tenía delante lo aplastaba con una fuerza desconocida y le hacía sentirse humilde e indigno de su mera presencia.

A un gesto suyo, un paje llegó hasta él, sosteniendo la brillante coraza de gala del Inquisidor. En el centro de la misma habían labrado con maestría la cabeza de una bruja sostenida entre las garras de un águila. La mujer no llevaba ningún velo y un ojo en medio de la frente.

El inquisidor la aceptó con una inclinación de cabeza y el paje le ayudó a ajustársela, ante los murmullos de admiración de los presentes.

—También debemos recordar al árbitro Abelard, que dio su vida por todos nosotros y demostró que el coraje es la medida de los héroes. En su honor se oficiará una ceremonia póstuma en la que será nombrado inquisidor.

Adler sintió como los ojos se le enrojecían.

—Nos has salvado a todos de esta amenaza —dijo entonces el Emperador, señalando la corona de cuatro puntas que alguien había dejado cerca de él, sobre una bandeja de plata.

Adler observó el metal oscuro con que estaba hecha y casi le pareció distinguir una mancha rojiza en una de las puntas.

—¡Por la fuerza que el mismísimo Creador concedió a mi ancestro! —proclamó entonces el Señor de las cuatro provincias, tomándola entre sus manos—. ¡Yo os prometo que limpiaremos el mal de nuestras tierras!

La vasta Voluntad del Emperador colapsó el espacio y la corona comenzó a emitir un siseo hasta desmenuzarse entre sus dedos.

—La luz prevalece, una vez más —dijo.

Adler abandonó el salón del trono en medio de una cerrada ovación, pero no había felicidad en su rostro.

Se sentía inconmensurablemente agradecido y, pese al dolor que le provocaba la pérdida de Abelard, sabía que su memoria iba a honrarse como se debía.

Sin embargo, tampoco era capaz de quitarse de la cabeza la taimada sonrisa de Ricard, situado muy cerca del trono. *General Ricard*, había dicho alguien dirigiéndose a él.

En medio de la turbación, Adler no vio a su hermano hasta que estuvo casi encima de él.

—¡Cedric! Me dijeron que no me acompañarías en la recepción, ¿a qué se ha debido tu ausencia?

—Yo... —contestó con voz dubitativa— le pedí algo especial al Emperador.

Adler enarcó una ceja, sin comprender.

Por toda respuesta, Cedric sacó la mano del bolsillo y abrió lentamente los dedos hasta mostrarle el Símbolo que ya no llevaba al cuello.

—Decidí hablar con Él y desnudarle mi alma. —El voluminoso hombre bajó la vista y suspiró—. Le he dicho la verdad: que ya no me quedan fuerzas para seguir con esto; que me avergüenzo de no poder cumplir con las expectativas que se tenía en mí; no honrar la responsabilidad que se me confió, pero que soy más un estorbo que una ayuda.

—¡Pero eso no es verdad, idiota! —exclamó Adler.

—Sí, hermano. Sí lo es, lo sabes mejor que yo. Lo sabes desde antes que yo mismo.

El inquisidor quedó desarmado ante la vehemencia de sus palabras, pues no recordaba ningún momento en que Cedric hubiera hablado con semejante seriedad.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó entonces.

—Me voy a Rock-Talhé —dijo él con amago de sonrisa—. Pediré trabajo en una granja y trataré de encontrar una campesina que no tenga miedo de morir sepultada debajo de mí. Si el Creador lo quiere, tendré un hijo enorme y pelirrojo. Y, si su misericordia es tan grande como Abelard decía, me hará olvidar todo e incluso ser feliz —añadió tratando de que su hermano no notara el temblor de su mandíbula.

Adler le estrechó la mano antes de que ambos se fundieran en un sincero abrazo. Los dos hombres, que habían sido compañeros y después hermanos, se miraron un instante a los ojos y, después, partieron por caminos distintos.

Cedric llevaba la esperanza consigo, aunque temía la burla y haber cometido una terrible equivocación.

Adler, en cambio, no dejaba de preguntarse si, según las palabras de la bruja, su hermano había sido el más honrado y valiente de los dos. Aunque, lo que realmente llevaba varios días quitándole el sueño no era eso, sino la duda de si, en un postrero acceso de clarividencia, la mujer habría visto antes de morir algo aún más grande que no serían capaces de detener.



PABLO BUENO (Salamanca, 1982). Escritor español. Formado como músico y profesor, su actividad artística le ha permitido tocar con agrupaciones que van desde orquestas sinfónicas hasta grupos de jazz así como impartir clases en diversos centros. Pero su otra gran pasión siempre ha sido la escritura.

Ya desde muy joven comenzó a escribir relatos cortos y novelas que, aunque casi siempre se centran en ambientes fantásticos o de ciencia ficción «... porque a menudo tenemos un exceso de realidad», también exploran otros estilos totalmente distintos: «Creo sinceramente que un buen libro es casi tan válido como un psicólogo o una charla con un amigo».

La Piedad del Primero, una fantasía épica cuidadosamente elaborada y narrada con pulso firme y elegancia, es su primera novela publicada y constituye una síntesis perfecta de su estilo: una narración ágil, directa y sorpresiva que se desarrolla en un planteamiento de enormes proporciones abordado con un aplomo sorprendente.

Como él mismo diría: «Creo firmemente que la labor del escritor tiene más que ver con el trabajo de un artesano que con una orgía con las musas».

En la actualidad combina su actividad docente y musical con la preparación de varias obras literarias.